

# Príncipe de Viana

---

2014

Año LXXV Núm. 259



SEPARATA

El Colegio de Navarra en París

**José María Corella Iráizoz**



Gobierno  
de Navarra

# PRÍNCIPE DE VIANA

## SUMARIO

### ARTE

**Amaya Alzaga Ruiz / José Luis Requena Bravo de Laguna**

Dos lienzos ¿originales? de Claude Vignon en la catedral de Pamplona ..... 7

**José M.<sup>a</sup> Muruzábal del Solar**

El pintor Eduardo Carceller: contribuciones al estudio de su figura y de su obra ..... 15

**Teresa Barrio Fernández**

La participación de audiencias en museos de arte. Bibliografía general y estudio de caso del Museo de Navarra ..... 37

### HISTORIA

#### *Medieval*

**José María Corella Iráizoz**

El Colegio de Navarra en París ..... 65

**M.<sup>a</sup> Raquel García Arancón**

La «otra» Blanca de Navarra, una reina entre tres reinos (c. 1248-1302) ..... 113

**Juan Jesús Virto Ibáñez**

El testamento de la reina Blanca de Navarra. La copia de los Archivos de Pau ... 131

#### *Moderna*

**Jesús M.<sup>a</sup> Zaratiegui Labiano**

La propuesta de reforma monetaria del navarro Diego Cruzat (1551) ..... 159

**Miguel Ángel Lizaso Tirapu**

Datos para una biografía del Duende Crítico de Madrid ..... 185

#### *Contemporánea*

**Francisco Miranda Rubio**

Navarra en 1813. Nuevos escenarios bélicos y políticos ..... 239

**Fernando Mikelarena Peña**

Sobre las dudas del Gobierno central acerca de la fidelidad de Navarra durante la guerra de la Convención. El intento de creación de un ejército navarro propio ... 267

**Jesús María Fuente Langas**

Los orígenes de la industria conservera en Navarra. El obrador de Máximo Muerza (1880-1913) ..... 293

**José Manuel Azcona Pastor / Jesús Ruiz de Gordejuela Urquijo**

Las divergentes sensibilidades políticas en la colonia vasconavarra de México (1900-1940) ..... 303

**Jaime Ignacio del Burgo** [réplica]

En torno a las falsas citas de Miguel Izu ..... 323



Año 75  
Número 259  
2014

# El Colegio de Navarra en París

José María CORELLA IRÁIZOZ\*

*¡Cuántos hombres se han embrutecido  
por tener miedo a saber!*

Montaigne. *Ensayos*, lib. I, cap. XXV,  
«De la educación de los niños».

## INTRODUCCIÓN

El nombre de colegio –que precedió al de universidad– apareció a finales del siglo XII y se popularizó a lo largo del XIII sustituyendo definitivamente a la primigenia denominación de casa o albergue de estudiantes y, con más frecuencia, hostel. Desde finales del siglo XII hasta el XV los colegios, al igual que las casas, albergues u hostales, fueron establecimientos en principio dedicados al hospedaje y asistencia de estudiantes pobres, pero poco a poco evolucionaron hasta acabar convirtiéndose en sedes más o menos importantes de enseñanza y estudio. Aunque en ellos residía un restringido número de estudiantes (datos de la época indican que, con ligeras variaciones, eran el diez o el veinte por ciento del total de alumnos inscritos en las universidades<sup>1</sup>), no tardaron en jugar un papel importante en la historia universitaria europea. A lo largo del siglo XIII acogieron principalmente a estudiantes de arte y de teología, extendiendo su hospitalidad a los de derecho y medicina durante los siglos XIV y XV. En cualquier caso, a todos les facilitaron una enseñanza que progresivamente iba en paralelo con la proporcionada en las aulas universitarias.

La fundación de estos centros se debió a ricos benefactores (reyes, reinas, grandes aristócratas..., y algún que otro eclesiástico poseedor de abultado

\* Economista y escritor.

<sup>1</sup> «Uno de cada diez estudiantes en París, uno de cada seis en Cambridge, uno de cada cinco en Toulouse, etc.» (R. Harlé, *Les Collèges Médiévaux*, Paris, Libraires Autran, 1811, p. 44).

patrimonio) preocupados en asegurar tanto la formación como la salud espiritual de los estudiantes carentes de recursos, facilitándoles alojamiento y una beca<sup>2</sup>. No cabe duda de que estos centros respondieron a una necesidad social y se tiene noticia de que el más antiguo de París, si no el primero, fue el Collège des Dix-Huit (Colegio de los Dieciocho). Era obra del mercader inglés José de Londres quien, a su vuelta de Jerusalén, compró un local para albergar a dieciocho estudiantes (de ahí el nombre) de su misma nacionalidad, cerca de las escuelas de Notre-Dame. A este siguieron otros más y para mediados del siglo XIII París contaba ya con varios colegios, pues «este modelo inspiró a otros ricos benefactores, como el conde Robert de Dreux que fundó en 1186 el Colegio Santo Tomás, el eclesiástico Robert d’Harcourt, arcediano de Rouen, que para veinticuatro estudiantes normandos fundó en 1280 el colegio d’Harcourt, o el cardenal Cholet que fundó el Colegio Cholet para acoger a estudiantes de Amiens y de Roubaix»<sup>3</sup>. A ellos vinieron a sumarse los *Studia Generalia* –Estudios Generales– dedicados exclusivamente a la enseñanza (o sea, sin procurar pupilaje a los alumnos) y propiedad de dominicos, franciscanos y otras órdenes religiosas, como los bernardinos (1245), los carmelitas (1259), los cistercienses o en 1260 el llamado Colegio Cluny de la orden benedictina reformada.

Mención particular merece la fundación de Robert de Sorbon, capellán del rey Luis IX. Si los colegios eran instituciones destinadas a dar alojamiento y formación religiosa e intelectual a los estudiantes pobres, la creación de Robert de Sorbon<sup>4</sup> aspiró desde el primer momento a algo más. Recogió en su institución a veinte estudiantes de teología, sometiéndolos a una férrea disciplina para mantenerlos en óptimas condiciones y que pudieran así realizar satisfactoriamente los estudios. Estaban obligados a comer en común (desayuno, almuerzo, merienda y cena), asistir diariamente a los oficios divinos y a llevar una vida extremadamente austera. En cuanto a los estudios, fueron diseñados por el propio Sorbon. Dejándose llevar del excelente sentido pedagógico, que en él pesaba más que el mero sentido caritativo, en su colegio se impartía una enseñanza que estaba inspirada en la fórmula que en el año 1088 había puesto en marcha la *universitas magistrorum et scholarium* (comunidad de profesores y escolares) de Bolonia. Siguiendo muy de cerca los pasos de esta colectividad, y con el fin de brindar lo mejor a sus estudiantes, Robert de Sorbon dotó a su institución de algo que carecían entonces los demás colegios: una biblioteca. No es extraño que, aunque la universidad en París fue anterior en casi un siglo a la fundación de este colegio, la universidad parisina –La Sorbona– acabara tomando su nombre del Collège de Sorbonne (Colegio de Sorbon) tan altamente reconocido por la calidad de su enseñanza. Este término (Sorbona, La Sorbonne) ha sido después comúnmente usado de manera genérica para referirse a la histórica universidad, aunque en realidad ha tenido diferentes denominaciones a través de los siglos (Academia de París,

<sup>2</sup> Según los textos de la época, todos los estudiantes acogidos en estos colegios, eran «*élèves boursiers*» (alumnos becarios).

<sup>3</sup> R. Harlé, *Les Collèges Médiévaux*, op. cit., p. 59.

<sup>4</sup> Esta fundación es difícil de datar, pero puede situarse entre 1255 y 1258. (M. E. Dubarle, *Histoire de l’Université de Paris*, Paris, Typographie de Firmin Didot, t. I, 1844. p. 98).

Universidad de París, Universidad de Francia, etc.). A partir del año 1970 esta histórica universidad quedó dividida en trece universidades, de manera que en la actualidad solo se llama Sorbona a cuatro de ellas: Universidad de París I (Panthéon-Sorbonne), Universidad de París III (Sorbonne Nouvelle), Universidad de París IV (París-Sorbonne) y Universidad de París V (Descartes).

Por aquella época, al contrario de los colegios implantados en Inglaterra, cuya fundación fue más tardía<sup>5</sup> y con la particularidad de que estaban reservados a los alumnos de las facultades superiores, los estudiantes extranjeros tuvieron en Francia sus propios colegios. Eso propició que a lo largo de los siglos XIV y XV se multiplicara su implantación, particularmente en París, donde en 1400 se dice que el número de colegios existentes era superior a cincuenta y se señala que dos de ellos acogían a cien estudiantes reclutados entre la familia de sus fundadores o entre muchachos que eran originarios de sus países<sup>6</sup>. No ocurrió lo mismo en otros países occidentales como, por ejemplo, Italia. La fundación de colegios fue un movimiento muy limitado, sobresaliendo los ubicados en Bolonia (Reale Collegio Maggiore di San Clemente degli Spagnoli, fundado por el cardenal español Gil de Albornoz en 1365) y en Padua (fundado en 1362 por Francesco da Ponte para los estudiantes de derecho). En España el primer colegio –Colegio de Anaya– se fundó en Salamanca a finales del siglo XIV, para acoger a estudiantes de derecho canónico. La Universidad de Salamanca, creada en 1218 por el edicto de 1253 de Alfonso X el Sabio y la bula de 1255 del papa Alejandro IV, fue la primera que en todo Europa ostentó el título de universidad, siendo por aquella época una de las universidades más prestigiosas de Occidente. A principios del siglo XV (1417) se fundó en Sevilla otro colegio destinado a acoger a los estudiantes de derecho canónico y teología.

No es ninguna sorpresa observar que en la Edad Media los colegios más numerosos estaban en Francia, ya que a lo largo del siglo XIV los reyes se fueron interesando cada vez más en estas instituciones. Ejemplo de ello es que en 1353 Juan II el Bueno hizo pasar a su personal tutela el Colegio Mignon<sup>7</sup>, es decir, tomó bajo su autoridad directa todo lo concerniente al reclutamiento de estudiantes, la administración y la gestión de los bienes del colegio. Su hijo, Carlos V, reafirmó la protección real de ese y otros colegios más al implantar una política que perseguía poner a todos los colegios bajo el control real. Su principal consejero, el cardenal Jean Dormans, también se interesó en los colegios y llegó a fundar uno destinado a recibir estudiantes de derecho que luego pasaban a servir al poder real. Pero fue bajo el reinado de Felipe VI (1328-1350) cuando se creó el mayor número de colegios en París. Normalmente, los fundadores fueron gentes del entorno del rey, más concretamente

<sup>5</sup> El primero fue el Merton College, fundado en Londres en 1264. En Cambridge, el primero lo fundó el obispo d'Ely en 1284 y nueve de los diez creados en Oxford a lo largo de los siglos XIII a XV fueron fundados por eclesiásticos. De todas formas, en cualquiera de ellos la autoridad docente era ejercida por el cancellor de la universidad.

<sup>6</sup> M. E. Dubarle, *Histoire de l'Université de Paris*, *op. cit.*, p. 145.

<sup>7</sup> El colegio había sido fundado por el pintor Jean Mignon diez años antes (1343) para los miembros de su familia. Otro rey, Enrique III, lo cedió en 1584 a la Orden de Grammont (fundada en 1074 por Esteban Muret recibió el nombre de un pueblo de la comuna de san Silvestre) poniéndolo en manos del priorato que estos religiosos tenían en el Bois de Vincennes.

de su consejo, mientras que por el resto de Francia (Toulouse, Montpellier, Avignon, Cahors...) las fundaciones eran hechas mayoritariamente por el estamento eclesiástico.

Antes de ese aluvión de colegios descolló en París uno que por aquella época estaba considerado el más importante de todos: el Colegio de Navarra. Es muy significativo lo que acerca de él se lee en un documentado libro de 1823:

Por su dimensión este colegio fue innovador: el número de becarios que podía acoger era más de setenta, siendo veinte de ellos de gramática, treinta de arte y otros veinte de teología. Otra originalidad fue la voluntad expresada por Juana de Navarra consistente en hacer de su colegio un lugar de enseñanza. A tal efecto, previno la incorporación de tres maestros dedicados a la docencia y contratados para enseñar gramática, arte y teología a los becarios. Juana de Navarra estableció, además, una gradación en el aprendizaje de gramática y de arte que difería de la que estaba en vigor en la universidad. [...] El Colegio de Navarra es el primer colegio real que se fundó en París<sup>8</sup>.

Dado que el Colegio de Navarra constituye el tema central de este trabajo, volveremos a él enseguida. Ahora, y por lo que afectó genéricamente a la fundación de colegios en París, se impone no pasar por alto cierto momento de la historia de Francia en aquellos años.

En 1285 ocupaba el trono Felipe IV el Hermoso, que había anunciado iba a gobernar a los pueblos sometidos a su imperio con mano de hierro. Hombre ducho en el maquiavelismo, inflexible en su voluntad, implacable en la venganza y perseverante en sus proyectos, quería dominar el sur de Europa para convertirse en árbitro de los reinos vecinos. La historia da cuenta de que fue orgulloso a nivel superlativo, que la menor contrariedad aumentaba su natural irritabilidad y que la más mínima resistencia la consideraba un crimen. Su carácter, como es lógico, influyó decisivamente en su política; pero también es cierto que sabía plegarse para obtener lo que consideraba de interés para él, aunque si surgían obstáculos difíciles de vencer aumentaba su violencia hasta límites insospechados. Los historiadores franceses dan cuenta de que, en el fondo, era hombre poco belicoso porque no estaba convencido de que las armas pudiesen ayudarle a conseguir la supremacía que ambicionaba. De aquí que las armas fueran para él un mero recurso auxiliar destinado a secundar los principales resortes con los que le gustaba maniobrar, resortes que no eran otros más que el oro y la intriga. Para este monarca, que no reconocía más ley que su voluntad, cualquier privilegio carecía de las mínimas garantías necesarias para que se pudiese confiar en su estabilidad. La Universidad de París hubiera tenido que temer seriamente por los suyos si el rey, enfrentado a la Santa Sede con una terrible pelea, no se hubiera visto obligado a buscar apoyo en las clases más ilustradas e influyentes de la nación. Es evidente que a esa necesidad es a lo que debe atribuirse su benevolencia hacia el cuerpo universitario.

En medio de tantos actos tiránicos propios del despotismo real, solo la universidad se salvó de ellos. Probablemente, solo la necesidad de dinero por parte de sus estudiantes y el peligro de irritar a los profesores aconsejó al rey

<sup>8</sup> É. Pasquier, *Recherches de la France*, Paris, L. Feugère Libraire, 1823, lib. III, cap. 29, p. 157.

tomar una medida excepcional. Bien por política o bien por benevolencia, en 1297 Felipe IV eximió a discentes y docentes del derecho de peaje, sometién-dolos solo a las mismas obligaciones que tenían los demás vasallos. Esta conce-sión a la universidad hizo que protestaran los bailes de todo el reino (hombres encargados en primera instancia de todo lo tocante a las rentas reales en sus respectivos territorios) y que entre 1303 y 1304 tuviese que enviar dos escritos reiterando la concesión de tal beneficio y amenazando con emplear la fuerza si no se cumplían sus órdenes. En uno de esos dos escritos, dirigido al baile de Amiens, puntualizaba los motivos que le habían llevado a conceder tal gracia: «(se debe) a los trabajos, las vigili-as, la ayuda por falta de todo lo necesario, los dolores y los peligros a que hacen frente los estudiantes para adquirir la perla preciosa de la ciencia»<sup>9</sup>. No estaba mal la puntualización, máxime si se tiene en cuenta que ese «amor por la preciosa perla de la ciencia» le había llevado en 1302 a confirmar oficialmente los diplomas expedidos en la universidad.

Tal afecto tenía truco, es decir, el monarca necesitaba apremiamente aglutinar el mayor número de partidarios en torno a él desde que en 1295 el cardenal Benedetto Gaetani, bajo el nombre de Bonifacio VIII, había su-cedido a Celestino V por haber renunciado a la silla de san Pedro tras cinco meses de pontificado. Pietro Angelari de Murrone, es decir, Celestino V, fue un monje benedictino en cuya orden había ingresado en 1232 y que demostró una predisposición tal al ascetismo que decidió hacerse eremita. En 1239 mar-chó a una cueva situada en la montaña del Morrone (región del Lazio) y allí permaneció durante cinco años. En 1244, acompañado por dos compañeros que se le habían unido, se trasladó con ellos a otra cueva en el monte Maiella (región de los Abruzos) y fundó la Orden de los Celestinos, aprobada por Urbano IV en 1264. A los dos años y tres meses de esta fundación fue elegido papa y tuvo que abandonar su retiro, pero a los cinco meses renunció volun-tariamente al papado y regresó a su vida de ermitaño, muriendo en el castillo de Fumore el 19 de mayo de 1296.

El nuevo jefe de la Iglesia, perteneciente a una aristocrática familia ro-mana, era un hombre de carácter altanero, enérgico empuje y resolutivo en la toma de decisiones, que nada más comenzar su papado demostró cierta predilección por las órdenes mendicantes. Esa estima le llevó a donar mil marcos de plata a tales órdenes como ayuda al mantenimiento de las obras piadosas que hacían en Francia; el suculento recurso económico facilitado abrió los ojos al rey. Los apremiantes asuntos en que andaba metido (había movilizado en 1297 a sesenta mil hombres para invadir el territorio de Flan-des, viéndose además obligado a dotarse de una armada para combatir al rey de Inglaterra) llevaron a Felipe IV a poner en circulación una nueva moneda con menos valor y a establecer una presión fiscal que fue bautizada como el impuestazo. De esta imposición no pudo escapar el estamento clerical y junto con el donativo papal las órdenes mendicantes pasaron a ser un precio-so objetivo para la recaudación. Esto encendió la cólera de Bonifacio VIII, quien reaccionó no dudando en calificar el asunto de usurpación. En una bula expedida el 24 de febrero de 1296 (la bula *Clericis laicos*) anunció que,

<sup>9</sup> M. E. Dubarle, *Histoire de l'Université de Paris*, op. cit., p. 164.

en defensa de los clérigos, estaba dispuesto a lanzar un anatema contra quien, fuese rey o emperador, exigiera recaudar dinero de la clerecía sin autorización de la Santa Sede. El tono imperativo empleado por el pontífice en este documento ofendió vivamente al monarca. No dudó en calificar la bula de «un atentado perpetrado contra los derechos de la corona» y el 17 de agosto de 1296 respondió dictando una ordenanza que prohibía sacar del reino dinero, oro y plata, sin contar con un permiso expreso del rey. Con ello infligía un serio perjuicio a la Iglesia, pues impedía el envío a Roma de las entregas hechas por los cristianos franceses –ricos y pobres– en colectas, cuestaciones, postulaciones, ayudas y demás solicitudes (limosnas, donativos, óbolos, ofrendas, etc.). En fin, no es este lugar para dar una completa exposición del grave enfrentamiento suscitado entre el rey de Francia y el papa. Baste decir que el 11 de febrero de 1302, y en presencia de toda la corte, Felipe IV hizo quemar en su palacio la bula *Unam Sanctam* en la que Bonifacio VIII declaraba la superioridad del poder espiritual sobre el poder temporal que se atribuía el soberano francés para gravar con impuestos los bienes de la Iglesia, al tiempo que amenazaba muy seriamente con la excomunión e interdicción del reino de Francia. Esto tuvo la virtud de crispar y zaherir los sentimientos de muchos franceses, lo que aprovechó Felipe IV para pedir la convocatoria de un concilio de los obispos galos para condenar al papa. Esta petición tuvo más de setecientos actos de adhesión protagonizados por nobles, burgueses, ciudades, prelados y comunidades religiosas<sup>10</sup>. El apoyo que Felipe IV recibió tanto por parte del pueblo como del estamento eclesiástico le llevó a enviar a su consejero, el caballero Guillermo de Nogaret, a Italia con una pequeña escolta armada, con el fin de arrestar al papa y hacerle juzgar por el concilio episcopal francés. Nogaret se reunió con Sciarra Colonna, un miembro de la nobleza romana considerado como enemigo personal de Bonifacio VIII, quien le indicó que el papa se había refugiado en Anagni (bastión de los Caetani, familia del papa, a unos cincuenta kilómetros de Roma donde este había fijado la residencia de verano). Nogaret y Colonna llegaron a Anagni el 7 de septiembre de 1303 y encontraron al papa en la gran sala del palacio episcopal totalmente solo y abandonado por sus partidarios. El pontífice, que contaba ya sesenta y ocho años de edad, estaba sentado en el sillón de la presidencia, vestido de ceremonia, y no se inmutó cuando irrumpieron en la sala con un pequeño ejército armado. Viendo a Guillermo de Nogaret y a Sciarra Colonna aproximarse hasta donde estaba él, inclinó ligeramente la cabeza y declaró: «He aquí mi cabeza, he aquí mi cuello. ¡Al menos moriré como papa!». Guillermo de Nogaret reculó impresionado, mientras que Sciarra Colonna, llevado del odio que profesaba a Bonifacio VIII, avanzó insolentemente y, según se dijo, le arreó una bofetada con su manopla de hierro. Poco tiempo después, el 9 de septiembre, el pueblo de la villa de Anagni se rebeló y liberó al papa de las manos de los franceses, pero este cayó enfermo y murió en Roma un mes más tarde, exactamente el 11 de octubre de 1303<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> M. E. Dubarle, *Histoire de l'Université de Paris, op. cit.*, pp. 111-118.

<sup>11</sup> P. Dupuy, *Histoire du différend d'entre le pape Boniface VIII et Philippe le Bel, roy de France*, Paris, Sebastien Cramoisy, Imprimeur, 1655.

La Universidad de París fue una de las primeras instituciones que se adhirieron. El 21 de junio de 1302 tuvo una audiencia solicitada al rey para manifestarle que aceptaba la petición de convocatoria de un concilio, y que lo hacía para dar ejemplo de unión con la autoridad legal en la lucha por la defensa del poder temporal «amenazado de ser invadido por el ultramontanismo». La verdad es que ante ese paso dado por la Universidad de París –seguido de inmediato por la Universidad de Toulouse– la querrela mantenida por Felipe IV con el papa Bonifacio VIII fue ganando adeptos incluso entre bastantes miembros de la Iglesia francesa. Todo apunta a que prefirieron defender los derechos de la corona antes que apoyar a la tiara, lo que propició un fuerte movimiento tendente a la creación de más colegios «donde poder formarse los hombres que algún día podrían ser el sostén de la independencia de Francia»<sup>12</sup>.

Esto explica suficientemente la multiplicación de colegios que se experimentó durante el siglo XIV en París. De entre todos ellos, merecen especial mención: el fundado en 1303 por el cardenal Lemoine, legado pontificio o nuncio en Francia con anterioridad al nombramiento de Bonifacio VIII (diciéndose en la *Histoire de la Ville et du Diocèse de Paris* –del historiador y erudito Jean Le Beuf– que en este colegio se celebraba el 13 de enero de todos los años una fiesta en honor de su fundador, en la que un estudiante vestido de cardenal asistía a los oficios divinos con las insignias de tal dignidad y los demás estudiantes se acercaban a complimentarle recitando versos<sup>13</sup>); el Colegio Bayeux, fundado en 1308 por Guillermo Bonnet, obispo de Bayeux (junto con el anterior presentaba la particularidad de admitir a los estudiantes de derecho y medicina junto a los de teología, cuando lo normal era que estos solo compartieran colegio con los de arte y gramática); y el considerado como más importante de todos: el Colegio de Navarra.

## EL COLEGIO DE NAVARRA

Juana I, reina de Navarra y reina consorte de Francia entre 1285 y 1305 por su matrimonio con Felipe IV el Hermoso, fue la última soberana de la casa de Champagne. El 25 de marzo de 1305 hizo testamento y en él decía:

Para que la Santa Iglesia que está fundada sobre piedra firme, que es Jesucristo, pueda ahora afianzarse y apoyarse más firmemente con las sabias enseñanzas de maestros o doctores, legamos en un acto de caridad nuestra casa de Navarra que construimos en París, junto a la puerta de Saint-Germain-des-Prés, y con todos sus accesorios la donamos, entregamos, ordenamos y ahora disponemos que se arregle y establezca por nuestros albaceas una casa, lo más confortable que pueda hacerse con nuestros antedichos bienes, para que se acoja a las tres clases de escolares del reino de Francia que adecuadamente puedan acogerse en ella<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> M. E. Dubarle, *Histoire de l'Université de Paris*, op. cit., p. 119.

<sup>13</sup> Citado por J.-A. Delaure en *Histoire de Paris*, Paris, Guillaume et C<sup>ie</sup>, Libraires, t. III, 1829, p. 101.

<sup>14</sup> Además, en el testamento Juana pedía a los estudiantes de su futuro colegio que le rezasen oraciones y celebrasen misas por ella: una misa cada año, en el aniversario de su muerte, así como una intención diaria a la hora del oficio de prima. (A. Gontier, *Jeanne de Champagne, reine de France et de Navarre*, Paris, Breul et Félibien Libraires, 1811, p. 95).

Este testamento se publicó por primera vez en el tomo IV de la *Historia Universitatis Parisiensis*, de Cesare Egassio Bulaeo (París, 1670), y al leerlo llama la atención que doña Juana dedicase casi un tercio del documento a la institución que llamó Maison des écoliers (Casa de escolares, o de estudiantes) y que más tarde, en memoria de su fundadora, cambió la denominación a Collège de Navarre.

Los reyes Felipe y Juana tenían varios palacetes en París<sup>15</sup>, lo que tiene su lógica porque prácticamente no residieron en Navarra<sup>16</sup> (Felipe IV el Hermoso ni siquiera llegó a jurar los fueros ni a coronarse como rey en la catedral de Pamplona). Precisamente, ante el abandono del reino se desarrollaron las Juntas de Infanzones, que a la muerte de Juana se las vieron con su hijo Luis el Hutin (el pendenciero, el obstinado) a quien Felipe mandó a Navarra para que legítimamente se coronase rey (lo que hizo el 1 de octubre de 1307 en la catedral de Pamplona) y procediera a la disolución de los templarios. De esta manera, Navarra fue el primer reino en que esta orden militar quedó deshecha, procediendo el monarca a confiscar todos sus bienes. Para la fundación del Colegio de Navarra doña Juana destinó –según se repite en varias fuentes documentales– el conocido como Hôtel de Navarre, situado al final de la calle Saint-André-des Arcs y cerca de la puerta de Buci en París. La reina designó entre sus más cercanos colaboradores a ocho albaceas<sup>17</sup> y, de todos ellos, los que realmente se ocuparon de llevar a buen término la fundación del Colegio de Navarra fueron Gilles de Pontoise y Simon Festu. Doña Juana murió a los pocos días de dictar su última voluntad (2 de abril de 1305) y para asegurar su cumplimiento adjuntó al testamento un codicilo en el que puede leerse:

Y deseamos y mandamos que todo lo que los ejecutores ordenaren, añadiesen, declararen o corrigieren sobre esto y sobre todas las cosas contenidas en nuestro dicho testamento o última voluntad, para lo que les damos pleno poder para aquello que tengan que hacer, se lleve a cabo de forma segura, se cumpla y se obedezca celosamente tal como nosotros mismos hemos indicado y ordenado<sup>18</sup>.

No se sabe qué motivo pudo tener para anexar ese codicilo al testamento, pues el rey y su hijo Luis no tuvieron inconveniente alguno en aprobar formalmente todo lo expresado en él. Felipe firmó un documento en el que decía «querer, celebrar, consentir, aceptar y aprobar» tanto el testamento como

<sup>15</sup> Así lo afirma el historiador Henri Sauval (1623-1676) en su *Histoire et recherches des Antiquités de la ville de Paris*, sin especificar número ni localización (Charles Moette et Jacques Chardon, Paris, Libraires, t. III, 1724, p. 182).

<sup>16</sup> Tenían palacios en Puente la Reina, Sangüesa, Olaz, Estella y Olite, y en Pamplona varias residencias. Ni unos ni otras los utilizaron con mínima asiduidad, por su práctica ausencia del reino. En esta época Navarra era, en realidad, una provincia francesa y la efectiva residencia real se hallaba en Francia, lo que explica la existencia de varios palacetes u hostales. Un hostel (*hôtel*, según la denominación francesa) requería el funcionamiento de un conjunto de servicios y servidores dedicados a atender las necesidades personales y particulares de los monarcas, puesto que en ellos es donde prácticamente residían.

<sup>17</sup> Estos albaceas fueron: Enguerrand de Margny (chambelán del rey), Gaillard de Preyssac (arzo-bispo de Sens), Guy de Chatillon (conde de Saint Pol y copero mayor de Francia), Jean des Granges (capellán del rey), Gilles de Pontoise (abad de Saint Denis), Guillaume Durand (franciscano, confesor de la reina), Martin de Bachambre (canciller de Champaña) y Simon Festu (doctor en Teología, archidiacono de Chartres y en 1308 nombrado obispo de Meaux).

<sup>18</sup> C. Egassio Bulaeo, *Historia Universitatis Parisiensis*, Paris, t. IV, 1670, p. 81.

todas las cosas expresadas en él, e incluso añadió: «mandamos que los frutos, rentas y productos de la tierra del condado de Champagne y de Brye, sean entregados y explotados por los ejecutores del testamento durante tres años consecutivos a partir de la muerte de nuestra muy querida esposa». Por su parte, el heredero de la corona, firmó en este documento un *post scriptum* afirmando que aprobaba lo dicho por el rey y lo mandado por la reina, prometiendo tenerlo en cuenta y cumplirlo fielmente.



Figura 1. College de Navarre. Reglamento.

En el testamento doña Juana especificó muchos detalles tocantes a la organización del colegio. No obstante, dejó en manos de los ejecutores de su última voluntad la facultad de interpretar y el derecho a modificar lo que ella indicaba: «A los ejecutores les damos pleno poder para corregir y aclarar lo que de las cosas anteriormente dichas resulte dudoso y obscuro»<sup>19</sup>. Y algo debió haber de duda u obscuridad cuando, al redactar los estatutos por los que iba a regirse el colegio, el abad de Saint-Denis y el arcediano de Vendôme procedieron a introducir algunos cambios. El resto de los albaceas los aceptaron y los estatutos se aprobaron en una asamblea general de maestros y estudiantes celebrada el 3 de abril de 1316. Al año siguiente, exactamente el 25 de enero de 1317, se recibió la aprobación pontificia que en la referida asamblea se había acordado solicitar<sup>20</sup> y quedó definitivamente consolidada la primera organización del famoso establecimiento fundado por la reina de Navarra.

Los dos albaceas que se encargaron de llevar a cabo la fundación vendieron el Hôtel de Navarre y compraron un vasto terreno situado cerca de la parte superior de la montaña Sainte-Geneviève, procediendo a construir allí el colegio. La primera piedra se puso el 2 de abril de 1309 y las obras duraron hasta el año 1315, fecha en la que todos los edificios quedaron listos para recibir a maestros y estudiantes. En la *Histoire du Collège de Navarre*, escrita en 1661 por Jean de Launoy, se hace una mención especial a la capilla. Era un edificio de cuarenta y siete metros de longitud por doce metros de anchura con capacidad para unas mil personas y por su prestancia llamó tanto

<sup>19</sup> J. de Launoy, *Histoire du Collège de Navarre*, p. 21. Citado por P. Feret en *La Faculté de Théologie de Paris*, Paris, Alphonse Picard et Fils, éditeurs, 1896, p. 14.

<sup>20</sup> El breve de Juan XXII decía: «*Quare pro parte dictorum regentis et executorum, gubernatorum, magistrorum quoque et scholarium dictae domus, per dilectum filium magistrum Alanum Gonterii, doctorem et magistrum in theologia scholarium dictae domus, ad praesentiam nostram propter hoc specialiter destinatum, fuit nobis humiliter applicatum, ut praemissis omnibus et singulis apostolicae confirmationis robur adjicere curaremus, cupientes igitur ut domus ista virtutum, domus suavitatis et gratiae domus fontes scaturiensdoctrinarum, rudes erudiens et reddens débiles virtuosos et viros efficiens virtutum varietate fecundos, validis stabilita radicibus, inconcussa persistat et laudabilibus proficiat incrementis..., praesentibus rata habentes et firma, illa ex certa scientia auctoritate apostolica confirmamus et praesentis scripti patrocinio communitimus*». (P. Feret, *La Faculté de Théologie...*, op. cit., p. 14, nota 2).

la atención que Carlos V el Sabio, entusiasmado con ella, indicó el mes de septiembre de 1373 que se pusiera bajo el patronato del rey san Luis. A ello se procedió oficialmente el 16 de octubre de ese mismo año, pero haciendo una triple dedicación: a san Luis (tal como quería el rey), a santa Catalina y a la Santísima Trinidad. Al acabar la ceremonia se colocó una placa de mármol con una inscripción dedicada a la reina fundadora. Consistía en un poema de sesenta y tres versos escritos en latín, diciendo —entre otras cosas— que doña Juana era «*de vultu speciosa, provida, prudens, fide plena, speque abs pietatis habena*» (de rostro hermoso, generosa, prudente, llena de fe, tan ilustrada como piadosa), se informaba con chocante exactitud de la edad que tenía al momento de morir (treinta y tres años, tres meses y veintinueve días) y se dejaba constancia de haber sido enterrada en el convento de los franciscanos de París<sup>21</sup>.

El colegio comenzó a funcionar en el año 1315, pudiéndose acceder a él sin condición alguna de nacimiento, familia o edad, pero siempre que se fuera francés o navarro, pobre y se quisiera hacer estudios de gramática, de lógica y de teología, quedando excluidos los de medicina y derecho. No tardó en convertirse en el más importante e influyente colegio de París y llegó a ser prontamente reconocido por todo el mundo como un núcleo intelectual de calidad excepcional. A ello contribuyeron decisivamente, además de las dos mil libras tornesas anuales de renta dejadas a perpetuidad por la reina en su testamento, tres cosas: la presencia de Nicole Oresme al frente del colegio, la particular devoción de la monarquía francesa hacia él (por ser una institución de fundación real) y la excelente biblioteca que en tres o cuatro décadas logró reunir.

Nicole Oresme (1325-1382), matemático y astrónomo francés que estudió teología en París obtuvo el grado de *Magister Theologiae*. Fue canónigo en Rouen y en París, y nombrado obispo de Lisieux en 1377, pero anteriormente ocupó el año 1356 el cargo de director del Colegio de Navarra. Ya entonces era un hombre muy famoso en Francia, tanto por la genialidad como por la modernidad de sus conocimientos científicos y culturales. Cultivador de la geometría especulativa (*Tratado de la latitud de las formas, Algoritmo de las proporciones y De difformitate quantitatum*), anticipó aspectos de la matemática moderna tales como la representación analítica de las variaciones intensivas mediante el método de las coordenadas, el tratado de los números irracionales mediante potencias con exponente fraccionario y el espacio tetradimensional. Fue de los pocos doctos profesionales que escribía en lengua vulgar, además de hacerlo con insuperable elegancia en latín. Tradujo al francés la *Política* y la *Ética a Nicómano* de Aristóteles, escribió un celebradísimo *Traictie du ciel et du monde*, un *Livre de politique* que durante mucho tiempo fue ampliamente comentado por las esferas del poder y un famoso *Traictie de la première invention des monnaies* que ha llevado a considerarle primer autor de economía política<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> H. Sauval, *Histoire et recherches des Antiquités de la ville de Paris*, Paris, Charles Moette et Jacques Chardon, Libraires, t. III, 1724, p. 189.

<sup>22</sup> G. Ouy, «Le Collège de Navarre, berceau de l'humanisme français», en *Actas del XCV Congreso Nacional de Sociedades Ilustradas*, Reims, t. I, 1970, pp. 275-299.



Figura 2. Capilla del Colegio de Navarra.

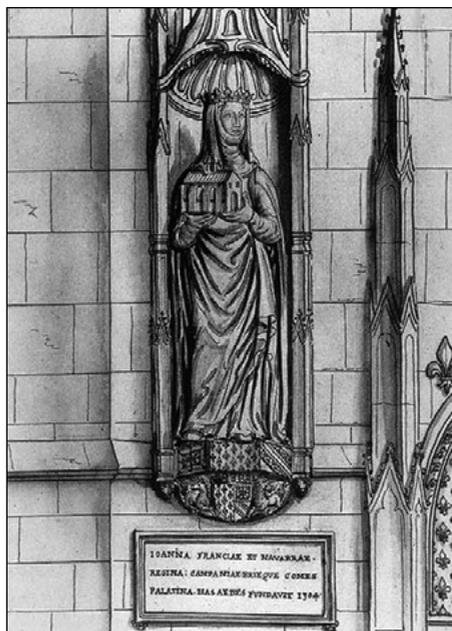


Figura 3.  
Colegio de Navarra.  
Juana III.

En cuanto a la particular devoción de la monarquía francesa por este colegio baste saber que el rey de Francia mantenía una asignación permanente para sufragar los gastos y el mantenimiento de treinta estudiantes, número este que venía a suponer casi la mitad de los que estaban admitidos. Porque el Colegio de Navarra acogía solamente a setenta, de los cuales veinte eran de gramática, treinta de filosofía y veinte de teología. En el sorprendente libro *Curiosités historiques et littéraires*, se informa de que este colegio recibía de la mano directa del rey una pensión para sufragar los gastos de treinta estudiantes y que con las rentas obtenidas de ese dinero se hizo tradicional dedicarlas a la compra de las varas necesarias para mantener la disciplina entre los residentes en el colegio<sup>23</sup>. Por su parte, J. A. Dulaire, en su *Histoire physique, civile et morale de Paris*, abundando en este tema escribió:

Coquille, en su *Historia del Nivernais* [vía fluvial que discurre por el valle de Nièvre, en Borgoña] habla de una singularidad de este colegio que no debo omitir. Dice que el rey es el primer financiador y que las rentas de su financiación se dedican a la compra de varas destinadas a la corrección de los estudiantes, lo que lleva a suponer un empleo muy frecuente de esta corrección. En los registros manuscritos del parlamento, de los días 25 y 27 de enero de 1576, se lee un hecho que prueba el abuso de fustigaciones en ese colegio<sup>24</sup>.

En cuanto a la biblioteca, cuando por el siglo XIV habitualmente no existían bibliotecas en los colegios –y tampoco en la universidad– o a la sumo unos fondos con cincuenta o sesenta ejemplares, se habla de que en dos o tres

<sup>23</sup> E. Muller, *Curiosités historiques et littéraires*, Paris, Librairie Ch. Delagrave, 1897, p. 61.

<sup>24</sup> J. A. Dulaire, *Histoire physique, civile et morale de Paris*, Paris, Guillaume et C<sup>ie</sup>, Libraires, t. III, 1829, p. 83.

décadas llegó a reunir más de quinientos volúmenes. Estos fondos obedecían generalmente a donaciones o legados de mecenas (por lo general profesores y antiguos alumnos) y se incrementaron con la invención de la imprenta. Anteriormente a este invento se cubrían las necesidades de libros recurriendo a los estacionarios o libreros que alquilaban (también vendían ejemplares a quienes pudieran pagarlos) libros o cuadernos (*peciae*) de las obras aprobadas por la universidad, permitiendo que alumnos y profesores pudieran copiarlos. El soporte que usaban para la escritura no era tan caro como las pieles (pergamino) y en el precio del alquiler estaba incluido el permiso para poder copiar lo que se necesitara. Aun así, los estudiantes que no provenían de familias medianamente acomodadas solían tener dificultades para acceder al alquiler. Por la abundancia y riqueza de sus fondos se comprende que la biblioteca del Colegio de Navarra se hiciera célebre, y terminara siendo un centro al que se acudía desde todos los países de Europa<sup>25</sup>.

El carácter de dependencia monárquica se vio acentuado el 10 de marzo de 1374 con la aprobación de unos nuevos estatutos propuestos por Carlos V el Sabio, que permitían al rey dirigir personalmente el colegio. Este monarca lo hizo a través de su confesor Pierre de Villiers, a quien se le confirió el título de gobernador del colegio. En los nuevos estatutos se cambió el nombre de la institución, pasando a llamarla Collège de Champagne; pero tal cambio nunca se hizo efectivo gracias a la presión ejercida por profesores y alumnos de la institución, así como por un buen número de personajes (profesores, alumnos, exalumnos, obispos, cortesanos...) que se declararon abierta y fuertemente «navarristas». Parece ser que ese cambio de nombre pudo obedecer a que el rey de Navarra, Carlos II de Evreux, era entonces el gran enemigo del rey francés por amenazar hacerse con la corona de Francia. Todo quedó en nada. Al final del reinado de Carlos V (1380) se volvió a los estatutos anteriores y se nombró a Michel de Creney, profesor del Colegio de Navarra, tutor del delfín que al acceder al trono fue conocido como Carlos VI el Bien Amado.

En 1407, con la guerra desencadenada entre *armagnacs* y borgoñeses, Francia quedó dividida en dos partes. El 28 de mayo de 1418 los borgoñones tomaron París y realizaron tales matanzas que se llegó a asesinar a unas diez mil personas (principalmente entre los *armagnacs*). El Colegio de Navarra fue asaltado y saqueado por su pertenencia a la corona. La razón que esgrimieron los borgoñeses fue que el rey había ordenado celebrar dos funerales por su hermano Luis, duque de Orleans (asesinado en noviembre de 1407 precisamente por los borgoñeses), y uno de estos funerales iba a celebrarse en la hermosa capilla del colegio con asistencia del rey y la familia real. En este asalto desaparecieron –probablemente asesinados– cuarenta y cuatro de los navarristas más activos, entre los que destacaba Jean de Montreuil, oficial de la Cancillería Real.

Gran parte del primer siglo de existencia del Colegio de Navarra coincidió con los graves conflictos entre Francia e Inglaterra. Conocidos como la guerra de los Cien Años (desde 1337 hasta 1453) se proyectaron con suma virulencia por toda Francia, dando lugar a sangrientas contiendas entre *armagnacs* y borgoñeses. El Colegio de Navarra tomó partido por el bando de los *armagnacs*,

<sup>25</sup> A. Gontier, *Jeanne de Champagne, reine de France et de Navarre*, Paris, Breul et Félibien Libraires, 1811. p. 103.

por ser estos adictos al rey de Francia, y eso es lo que pudo motivar el asalto y saqueo de 1418 que hemos referido. Louis Bellaguet se refiere a este asalto con las siguientes palabras:

Al día siguiente, alrededor de un millar de esos miserables se levantaron contra los directivos de la ciudad y dieron un sacrílego golpe de mano contra varios eclesiásticos y escolares de la Universidad de París bajo el pretexto de ser partidarios del conde de Armagnac (...) Extendieron su violencia hasta el famoso Colegio de Navarra que entonces dirigía el venerable Raoul de Laporte, doctor en Teología. Entraron a la fuerza, violentando las puertas de las habitaciones de los estudiantes y les obligaron a salir, se llevaron libros de la biblioteca y prodigaron malos tratos a los estudiantes. Incluso mataron a algunos de ellos, además de encararse contra don Adam de Isla, que llegó apresuradamente a tratar de apaciguar, no sin miedo, la ira con sus suaves palabras. A pesar de ello, finalmente acabaron arrastrándole ignominiosamente a la prisión del Rey con los demás<sup>26</sup>.

Menos mal que entre 1330 y 1380, coincidiendo en parte con el reinado de Carlos V el Sabio, la vida en París fue bastante más tranquila. La única excepción a esta bonanza se dio con los disturbios causados por las revueltas de Étienne Marcel<sup>27</sup> y los comerciantes de París, mientras Juan II el Bueno estaba prisionero en Londres.

Por otra parte, la estancia de los papas en Avignon desde 1309 hasta 1376 facilitó un estrechamiento de relaciones entre el papado y Francia, lo que trajo consigo una gran influencia de la Universidad de París en los acontecimientos principales de la Iglesia. Cuando Carlos VI el Bien Amado (o Carlos el Loco, apodo que se le dio alrededor de los veinticinco años de edad por haber empezado a sufrir unos ataques psicóticos que ya no le abandonarían en el resto de su vida) es coronado en Reims el 4 de noviembre de 1380, París está relativamente tranquilo. En 1378 se había provocado el Cisma de Occidente<sup>28</sup>, que se produjo a la muerte de Gregorio XI. El pontífice fallecido había trasladado a Roma la sede papal desde Aviñón y los cardenales romanos eligieron como sucesor al italiano Urbano VI. Un nutrido grupo de cardenales disidentes se opusieron al candidato romano y proclamaron papa al cardenal Roberto de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII e instaló de nuevo la sede pontificia en Aviñón. Los dos papas electos se excomulgaron el uno al otro y se originó una tremenda división en el seno de la Iglesia. El Cisma de Occidente quedó así abierto, duró hasta el año 1429 y eso repercutió en cuestiones tales como la marcha al extranjero de importantes profesores de la Universidad de París. El Colegio de Navarra tomó parte en este asunto e hizo muy notables esfuerzos por conciliar los dos bandos en litigio para conseguir

<sup>26</sup> L. Bellaguet, *Chronique du Religieux de Saint Denis concernant le règne de Charles VI, de 138 à 1422*, Paris, Imprimerie de Crapelet, t. III, 1852. p. 187.

<sup>27</sup> Étienne Marcel (1302-1358) fue el preboste de los mercaderes parisinos y representante del tercer estado. Encabezó un movimiento reformista para instaurar en el trono de Francia una monarquía controlada en la persona del rey de Navarra Carlos II, mal llamado el Malo, y desempeñó un papel determinante en el desarrollo de los Estados Generales celebrados entre 1355 y 1357.

<sup>28</sup> El Cisma de Occidente (1378-1429) fue, sin duda, uno de los sucesos más lamentables de la historia del cristianismo, una crisis religiosa que salpicó a todos los países católicos que tuvieron que posicionarse sobre el problema.

la unidad en la Iglesia. En ello trabajó activamente el reputado teólogo Pierre d'Ailly, profesor del colegio, poniéndose a la cabeza de quienes clamaban por la avenencia y conformidad en el seno del catolicismo. Entre los años 1403 y 1418 varios antiguos alumnos del Colegio de Navarra fueron nombrados embajadores de la Universidad de París para abogar por la unión ante los dos pontífices. Al frente de ellos figuraban Ponce Simonet des Justins y Mathieu Roeder (este último obispo de Tréguier, en Bretaña) que, además, fueron designados representantes de dicha universidad en el Concilio de Pisa (1409) y en el de Constanza (1415).

Una somera lista de quienes ocuparon el puesto de director, regente, gobernador o gran maestro (que de esas formas fue llamado) del Colegio de Navarra a lo largo del tiempo, da idea de la considerable importancia de la institución y el porqué del impacto que por todo Occidente llegó a alcanzar. Solo a lo largo del siglo XIV se sucedieron en el cargo tres personas de inmensa relevancia en el campo cultural y científico. La primera de ellas fue Johann de Jandum, filósofo aristotélico de corte averroísta, teólogo y escritor político, que tomó las riendas del colegio el mismo año de su puesta en marcha. Tenía entonces veinticinco años y, a lo largo de los trece que estuvo en el cargo, compuso una serie de estudios sobre física y metafísica, escribió un tratado sobre el alma y publicó una importante serie de comentarios sobre el concepto del cielo en Aristóteles. Estas obras le hicieron famoso en toda Europa, reconociendo ante quien quiso escucharle que todas ellas fueron fruto de su enseñanza en el Colegio de Navarra<sup>29</sup>. La segunda persona, Nicole Oresme (1325-1382), del que ya hemos hablado, fue en el siglo XIV la gran figura que tuvo el Colegio de Navarra. En 1950 George Sarton, químico y matemático belga que fue profesor de Historia de la Ciencia en la Universidad de Harvard, y en cuyo honor se otorga anualmente la Medalla George Sarton con que se premia a los investigadores sobre ciencia del pasado, lo calificó como uno de los más grandes científicos medievales. Otros eminentes profesores lo calificaron de «uno de los más grandes matemáticos, mecánicos y economistas de la Edad Media, y uno de los fundadores del lenguaje científico francés». La tercera persona es Pierre d'Ailly (1351-1429), teólogo, astrólogo y filósofo, que fue nombrado cardenal en 1411. Ingresó en el Colegio de Navarra en 1363 y para 1368 ya había completado los estudios de arte, pasando seguidamente a ser profesor de Filosofía. Nombrado gran maestro del colegio en 1388 actuó vivamente en el intento de convocar un concilio para terminar con la división de la Iglesia y fue uno de los más famosos intervinientes en el Concilio de Pisa y en el de Constanza. Al año de ocupar la dirección del colegio (1389), Clemente VII le nombró canciller de la Universidad de París. Ailly creía que en la configuración de los continentes existía una simetría, consideración que expuso en la obra *Imago Mundi* (Imagen del mundo), publicada en Lovaina el año 1443. En esta obra planteaba la existencia de cuatro continentes, dos en el norte y dos en el sur, o bien, vistos desde otra perspectiva, dos en el este y dos en el oeste. Se dice que esta teoría influyó en Cristóbal Colón, quien tenía una edición que leyó y relejó varias veces, y que en el lado este del globo terráqueo

<sup>29</sup> Se dice también que escribió la primera guía turística de París.

daba como resultado un continente al norte (Europa) y otro al sur (África), encontrándose por el lado oeste otro continente al norte (Asia) y otro que debía encontrarse al sur, pero que era desconocido. Parece ser que, siguiendo ese planteamiento, Colón consideró que había navegado en aguas australes y que por eso había llegado al sur de Asia.

Ya en el siglo XV, es también digno de recuerdo Jean Raulin (1443-1514), considerado el mejor de los predicadores que por aquellas épocas tuvo Francia. Se llegaron a publicar sus sermones en tres gruesos volúmenes, resultando que uno de los más bellos apólogos de La Fontaine (la fábula sobre los animales enfermos de la peste) aparece todo entero en el sermón número catorce de Raulin, dedicado a la penitencia<sup>30</sup>. Otros gobernadores del Colegio de Navarra que a lo largo del tiempo son citados por varios historiadores a causa de su reputación y notoriedad, son: Nicolas Cornet (1592-1663) quien, tras estudiar en el colegio de los jesuitas de Amiens, se doctoró en Teología en la Universidad de París. En 1626 fue nombrado director del Colegio de Navarra y decano de la Facultad de Teología de la Sorbona, en 1649 presentó ante la asamblea de la Universidad de París siete proposiciones contra los jansenistas y en 1650 presentó al papa Inocencio X una denuncia contra las cinco proposiciones del *Agustinus* escrito por Jansenio, que fue decisiva para la condena dictada por la Santa Sede el 31 de mayo de 1653. Colaboró con Richelieu en la obra *Méthodes de controverse*, gozó de una íntima amistad con este y con el cardenal Mazarino y llegó a tener tal fama que su elogio fúnebre fue pronunciado por el escritor e intelectual francés Jacques Bénigne Bossuet; Jean Antoine Nollet (1700-1770), físico de gran renombre que en 1746 publicó una *Théorie des affluences et effluences simultanées* en controversia con Benjamín Franklin sobre la naturaleza de la electricidad. Miembro desde 1739 de la Academia de Ciencia de Francia, en 1753, siendo director del Colegio de Navarra, dio clases de Física Experimental en la cátedra creada en este colegio por Luis XV y recogió sus lecciones en el célebre libro *Leçons de physique expérimentale*. En 1770 publicó *L'Art des expériences* que tuvo gran resonancia por popularizar la entonces nueva ciencia de la electricidad; Mathurin Jacques Brisson (1721-1806), físico y especialista en ciencias naturales que en 1759 ingresó en la Academia de Ciencias de Francia en reconocimiento a sus estudios en el campo de la física. En 1760, coincidiendo con su nombramiento como director del Colegio de Navarra, publicó *Ornithologie ou méthode contenant la division des oiseaux en ordres, genres, espèces et leurs variétés*, que alcanzó gran difusión y fue citado con todos los honores por Georges Louis Leclerc, conde de Buffon, eminente naturalista y administrador de los Reales Jardines Botánicos. Las dos obras más importantes de Brisson fueron *Dictionnaire de physique*, publicado en 1780 en dos volúmenes, y *Traité élémentaire ou principe de physique*, publicado en 1789 en tres volúmenes; y finalmente Joseph Marie Gros (1742-1792), doctor en Teología, conocido como «el nuevo san Vicente

<sup>30</sup> N. Guillon, *Modèles de l'Éloquence Chrétienne en France*, Paris, Bureau des Villes et des Campagnes, t. III, 1837, p. 11. En esta obra se lee también lo siguiente: «El mal gusto y la falsa erudición se perpetuaron en los sermones más aplaudidos. No es el caso de Jean Raulin, Gran Maestro del Colegio de Navarra, muerto en 1514. Entre los predicadores de los que se ha conservado memoria Raulin es el más importante».

de Paul» y nombrado director del Colegio de Navarra el 10 de mayo de 1785. Su notoria fama de gran teólogo y hombre volcado a hacer el bien le llevó el 30 de abril de 1789 a ser elegido diputado de París en los Estados Generales. Detenido en enero de 1791 bajo la acusación de ser contrarrevolucionario, fue recluido en la prisión de Carmes y allí fue asesinado como una víctima más de las masacres desencadenadas en 1792. En el libro *Oublier le génocide vendéen?* (París, 2008), de Ivan Rioufol, se lee: «El abate Gros no fue apuñalado, se le dio una muerte más dulce. Fue arrojado por la ventana... Su cabeza estalló al golpe. No sufrió...». El 17 de octubre de 1926 el papa Pío XI lo beatificó junto a los «Bienaventurados mártires» de la Revolución francesa.

No cabe duda de que el alto reconocimiento que a lo largo del tiempo tuvo el Colegio de Navarra se debió a dos magníficos aciertos: las originales e innovadoras ideas de su fundadora, y la sabiduría de saber adaptarse a la evolución que fue experimentando la enseñanza. En cuanto a lo primero, doña Juana supo ver la importancia que para la instrucción tenían las ideas expuestas en el tratado *Doctrina pueril* del filósofo mallorquín y franciscano Ramón Llull, editado entre 1274 y 1276. Es una obra presidida por la preocupación de asegurar ante un público laico las verdades básicas de la fe cristiana. Dos tercios de la *Doctrina pueril* se organizan a partir de los diversos elementos que conforman los principios básicos de la doctrina cristiana, el resto es un planteamiento de materias diversas, donde las ciencias de la naturaleza tienen un papel destacado. Las obras dedicadas a la enseñanza de los laicos en el siglo XIII eran muy sencillas y elementales. Los primeros escritos pedagógicos que tienen un poco de entidad son de santo Tomás de Aquino y se remontan al año 1273. La obra más conocida del género fue la *Somme le roi*, que fray Lorenzo de Orleans escribió en 1280. De aquí que la *Doctrina pueril* presentara un grado elevado de elaboración, donde no faltan toques literarios bajo forma de ejemplos y semblanzas o metáforas. Según Llull, la base de la enseñanza es la gramática y a esta debía seguir el estudio de la lógica y la retórica, considerando las otras materias como complementarias a la formación que suministraban aquellas<sup>31</sup>. Esto llevó a que la reina excluyera las enseñanzas de medicina y derecho, por considerarlas una instrucción orientada al lucro de la persona en vez de a su enriquecimiento personal. Ahora bien, la más clara muestra de la originalidad del proyecto de doña Juana se halla en el hecho de que, estando consideradas en aquella época las universidades como instituciones al servicio de la Santa Sede, o sea, destinadas a formar predicadores y obispos para la lucha contra las herejías, el Colegio de Navarra se fundó para formar eclesiásticos universitarios en obediencia al rey y no al papado. Ya en el siglo XVI, entre los cincuenta colegios existentes en París, los más destacados por su prestigio y nivel educativo eran dos: la Sorbona y el Colegio de Navarra. A partir de este siglo, y siguiendo el impulso de los jesuitas, la casi totalidad de los colegios parisinos comenzaron a distanciarse de la universidad para

<sup>31</sup> En aquella época, heredado del currículo educativo fijado por Alcuino de York para la Escuela Palatina de Aquisgrán, la enseñanza se dividía en dos grupos de estudios: *trivium* y *quadrivium*. El *trivium* (tres vías o caminos) comprendía la gramática (*lingua*), la dialéctica (*ratio*) y la retórica (*tropus*); el *quadrivium* (cuatro vías o caminos), la aritmética (*numerus*), la geometría (*angulus*), la astronomía (*astra*) y la música (*tonus*).

transmutarse en establecimientos de enseñanza secundaria, pero el Colegio de Navarra se mantuvo íntimamente ligado a la corriente universitaria y eso ayudó enormemente a que llegara a ser el centro más avanzado de París en la enseñanza de la ciencia moderna. Las discusiones teológicas de los siglos XVI y XVII pusieron las bases intelectuales para el desarrollo de la investigación científica y la nueva ciencia moderna aceptó el desafío de ser útil también para la religión, camino este que siguió el colegio fundado por la reina doña Juana hasta el año 1793, fecha en que fue suprimido por las instituciones populares emanadas de la Revolución francesa<sup>32</sup>.

Al año siguiente se creó la *École Centrale des Travaux Publicques*, que ocupó el edificio del Colegio de Navarra. El 1 de septiembre de 1795 Claude Prieur decidió reformar la escuela rebautizándola *École Polytechnique* y la trasladó al palacete de Lassay. En 1805 Napoleón hizo otra reforma: le dio un estatus militar y la volvió a trasladar a la antigua ubicación, puso fin a la gratuidad de los estudios y modificó las pruebas de admisión con el fin de hacer indispensable el paso por los *lycées* (institutos de segunda enseñanza) antes de ingresar en la escuela. El 13 de abril de 1816 Luis XVIII ordenó su cierre por indisciplina, siendo reabierto el 17 de enero de 1817 con el nombre de *École Royale Polytechnique*. Bajo el Segundo Imperio volvió a cambiar de nombre y pasó a llamarse *École Impériale Polytechnique*. A partir de 1830 recuperó el nombre de *École Polytechnique* y en 1970 recibió un estatus civil, pero manteniéndola ligada al Ministerio de Defensa. Finalmente, en 1976 fue trasladada a Palaiseau (en Essonne, departamento perteneciente a l'Isle de France), donde sigue en la actualidad considerada como un importante centro de investigación de primer nivel.

## ORGANIZACIÓN DEL COLEGIO DE NAVARRA

Hemos visto que, además de teología, en el Colegio de Navarra se estudiaba gramática y filosofía; es decir, el nuevo colegio fundado por Juana I de Navarra acogía a estudiantes dirigidos al campo de las humanidades, excluyendo a los que optaban por medicina o derecho. Hemos visto también que, en los primeros años de su andadura, eran setenta los estudiantes admitidos y becados por el propio colegio, repartidos en veinte gramáticos, treinta filósofos y veinte teólogos. Cada uno de estos grupos estaba al cargo de un maestro encargado tanto de la formación correspondiente a la materia de la rama elegida como a la formación espiritual de la persona. La dirección del establecimiento la ocupaba un teólogo y la administración estaba puesta en manos de un provisor –procurador o economo, pues de las tres formas aparece citado– que obligatoriamente debía ser maestro de teología. La atención de la capilla corría a cargo de cuatro sacerdotes ayudados por cuatro clérigos.

A los estudiantes de gramática se les asignaba semanalmente la cantidad de cuatro sueldos parisís<sup>33</sup>, seis a los de filosofía y ocho a los de teología. Al

<sup>32</sup> El 15 de septiembre de 1793 la Convención votó y acordó la supresión de «*collèges de plein exercice et des facultés de théologie, de médecine, des arts, et de droit [...] sur toute la surface de la République*».

<sup>33</sup> *Parisís*: adj. m. Nombre dado a una moneda acuñada en París. Diccionario de M. Núñez de Taboada, París, Rey y Gravier, Libreros, 1840.

margen de esta asignación el colegio recibía una dotación anual de veinte libras por cada gramático, cuarenta por cada filósofo y sesenta por cada teólogo. Estas cantidades, debidamente actualizadas, se mantuvieron constantes durante los primeros cien años de funcionamiento, pues no se admitían estudiantes que por su situación económica pudieran hacer frente a los gastos de estudio y de su mantenimiento. A partir de 1404 se comenzó a permitir el acceso a estudiantes de gramática que sí podían hacer frente a los gastos, después se extendió el acceso a los de filosofía y finalmente a los de teología. Ahora bien, entre los becados y los que pagaban estaba absolutamente prohibido hacer distinción alguna. Por su parte, los maestros recibían una retribución que como mínimo era el doble de la beca abonada por los alumnos y, en cuanto a los cuatro sacerdotes capellanes y los cuatro clérigos, la retribución de los primeros estaba asimilada a la de los teólogos y la de los segundos a la de los gramáticos.

Uno de los primeros pasos que dieron los albaceas testamentarios consistió en establecer a qué territorios debían pertenecer quienes aspirasen al beneficio de las becas y el número de plazas adjudicadas a cada demarcación. Los territorios y el número de plazas, fueron: quince para los estudiantes provenientes de la provincia de Champagne, doce para los de Sens, diez para los de Reims, diez para los de Rouen, once para los de Tours, seis para los de Bourges, dos para los de Lyon, dos para los de Narbonne y dos para los de de Burdeos<sup>34</sup>. Total: setenta plazas y nueve territorios. Pero llegaron a detallar aún más. Llegaron a fijar el número de estudiantes por rama de enseñanza y su distribución:

- Provincia de Champagne: cuatro gramáticos, siete filósofos y cuatro teólogos.
- Provincia de Sens: tres gramáticos, seis filósofos y tres teólogos.
- Provincia de Reims: tres gramáticos, cinco filósofos y dos teólogos.
- Provincia de Rouen: tres gramáticos, tres filósofos y cuatro teólogos.
- Provincia de Tours: tres gramáticos, cuatro filósofos y cuatro teólogos.
- Provincia de Bourges: dos gramáticos, dos filósofos y dos teólogos.
- Provincia de Lyon: un filósofo y un teólogo.
- Provincia de Narbonne: un filósofo y un teólogo.
- Provincia de Burdeos: un filósofo y un teólogo.

Como remate, los albaceas dejaron también sentado que los maestros, el provisor, los capellanes y los clérigos debían proceder de la provincia de Champagne o la de Sens, salvo que en esos territorios no se pudieran encontrar gentes capaces y dignas de cubrir tales puestos. En ese caso bastaba con que fuesen franceses. El mandato, redactado en latín como toda la documentación estatutaria del colegio, decía así:

Los maestros anteriormente dichos, el provisor, los capellanes y el clero, deben ser de la provincia de Champagne o de la de Sens, si se consideran adecuados. Así mismo, si no se encuentra persona idónea para maestro de teología por las dichas tierra y provincia, basta con que sea de nacionalidad francesa. De la misma forma deben elegirse los demás maestros.

Esta reglamentación estuvo en vigor desde 1315 (año de inicio de las actividades) hasta 1331, en que fue abolida por Felipe VI al estimar que contraria-

<sup>34</sup> J. de Launoy, *Histoire du Collège...*, op. cit., pp. 27-28.

ba flagrantemente las intenciones de la fundadora. El monarca sostuvo rigurosamente que doña Juana quiso dotar a Francia de un colegio sin distinción de provincias ni determinación del origen, si no del talento de los maestros a contratar. Asimismo, Felipe de Valois observó carencias en la biblioteca y ordenó ampliar sus fondos. A renglón seguido mandó que se aumentara el número de estudiantes becados en el colegio y determinó que los estudios de teología debían ser totalmente estancos de los de gramática y filosofía; es decir, que aun siendo estos obligatorios para los teólogos, la teología no necesariamente debía seguir a la titulación de bachiller en artes. Con otras palabras, tras obtener suficientes conocimientos de gramática, los estudiantes del Colegio de Navarra pasaban a estudiar cuatro años de filosofía y obtenían la titulación de bachiller. Con esta titulación, si así se deseaba, podían emprenderse los tres años de teología. El teólogo, una vez terminados los estudios, para formarse en la oratoria pasaba seis años de predicación en las parroquias, después tenía que dedicar un año al estudio de la Santa Escritura y, finalmente, debía enfrentarse a otro año más de aprendizaje dedicado al estudio de los libros sapienciales<sup>35</sup> y obtenía así la «Licencia en Teología» (o sea, licenciatura en Teología), quedando obligado bajo juramento a seguir los estudios de doctorado en la universidad lo antes posible<sup>36</sup>. En la *Historia de la Universidad de París* queda perfectamente recogido este extremo: «Cuando el teólogo lograba licenciarse efectivamente en teología, salía de la casa (el colegio) y tenía que valerse por sí mismo en otra parte; y juraba no posponer o prolongar la consecución de la maestría (el doctorado) antes mencionada». Los estudios de teología contaban, además, con un notable añadido: no superar cualquiera de estas etapas implicaba la expulsión del colegio. En esto los estatutos eran totalmente claros y terminantes: «*Et si quis in hoc defecerit, domus beneficio sit privatus*» (Y cualquiera que fracasase en esto, sea privado del beneficio de estar en la casa).

Los dos albaceas testamentarios que ejecutaron todo lo referente al Colegio de Navarra conservaron para sí la alta administración del colegio y establecieron que esta debería pasar a sus sucesores en la sede de Meaux y en el gobierno de la abadía de Saint-Denis. Esta disposición fue anulada por Felipe V, quien devolvió la alta administración del colegio al confesor del rey, pero se mantuvo en vigor durante dos siglos<sup>37</sup>. Por lo que afectaba al director de la institución, y dado que cualquier modificación o cambio en el reglamento era potestad únicamente del consejo, su principal responsabilidad era aplicarlo tajantemente. Al consejo pertenecían los maestros, el provisor, los capellanes y los clérigos, y ante él tenía obligación de rendir cuentas el provisor (o administrador) precisamente el día siguiente a la fiesta de San Luis. Uno de los puntos de una ordenanza dictada por Felipe V en 1321 dice que a esta rendición de cuentas, un verdadero examen de la gestión económica realizada, acudía también un miembro de la Cámara Real de Cuentas en París<sup>38</sup>. Para ser

<sup>35</sup> Los llamados libros sapienciales son siete: Libro de Job, Libro de los Salmos, Proverbios, Eclesiastés, el Cantar de los Cantares, Libro de la Sabiduría y Libro del Eclesiástico.

<sup>36</sup> M. E. Dubarle, *Histoire de l'Université de Paris*, op. cit., t. IV, p. 17.

<sup>37</sup> J. de Launoy, *Histoire du Collège de Navarre*, op. cit., p. 56. Citado por P. Feret en *La Faculté de Théologie de Paris*, op. cit., p. 18.

<sup>38</sup> M. E. Dubarle, *Histoire de l'Université de Paris*, op. cit., t. I, p. 163.

aceptados en el colegio los estudiantes tenían que aportar pruebas fehacientes de su pobreza, quedando perfectamente especificado que «cualquiera que obtuviese por herencia o por logro de algún beneficio una renta superior a la reglamentaria, perdería el derecho a su beca»<sup>39</sup>. Una vez concedida la admisión «se juraba, la mano sobre el Evangelio, observar fielmente la regla, preservar, defender y promover los derechos y privilegios, y nunca revelar los secretos»<sup>40</sup>, entendiéndose por secreto cualquiera de las circunstancias de nacimiento, familia, patria, edad y capacidad de los compañeros.

El colegio tenía en su estructura inmobiliaria tantas zonas diferenciadas como enseñanzas proveía, siendo solamente la capilla y el comedor áreas de uso común. Esto era posible gracias a los distintos elementos o bloques de que constaba, pues para dar cumplimiento a la voluntad de la fundadora los dos albaceas encargados del proyecto construyeron una casa adecuadamente distribuida en módulos para residencia, colegio, seminario y alojamiento. Los estudiantes de gramática podían salir a la calle a cualquier hora del día, excepto por la noche, con la única condición de pedir permiso e ir acompañados por un compañero; los de filosofía podían salir solos, sin tener que pedir permiso tanto por el día como por la noche; los teólogos podían, además, admitir visitas –no femeninas, naturalmente– y permanecer en sus habitaciones el tiempo que quisieran. La apropiada distribución, el uniforme y el color de la ropa de los estudiantes, las comidas comunitarias, la regularidad en la celebración de ejercicios religiosos y literarios, y, por último, la prohibición –común a las tres ramas de enseñanza– de llevar armas tanto en el interior como en el exterior, confirieron a esta institución el claro marchamo de ser un colegio novedoso, importante y de calidad.

La enseñanza que en él se proporcionaba no difería de los métodos utilizados en la universidad durante el Medioevo. Se tratase de gramáticos, filósofos o teólogos, se reducían a tres sistemas: la *lectio*, la *questio* y la *disputatio*. La *lectio* (lección) consistía en la lectura y estudio de textos, como cimiento de la construcción de un pensamiento intelectual. A través de la lectura y el estudio se pretendía que los colegiales aprendieran aquellos conocimientos que en la Antigüedad se habían fijado por escrito. Era la primera fase y estaba considerada como la etapa básica de información y formación. La *questio* (cuestión o argumentación) era el segundo tramo donde las cuestiones surgidas en la *lectio* entraban en juego y se contestaban por medio de la lógica y la dialéctica. Era la etapa de la investigación y la creación, donde todo se ponía en cuestión, se matizaba y se intentaba resolver; una etapa típica del intelectual de la Edad Media, al que le repugnaba aceptar pasivamente las cosas porque, tras la lectura, lo que ansiaba era hallar la verdad. De aquí que al maestro no se le valorara por la autoridad de sus argumentos, sino por la claridad de sus exposiciones, la racionalidad de sus ideas y la solución que sugería para las cuestiones. La *disputatio* (disputa o intercambio de opiniones) estaba concebida como un auténtico torneo de ilustrados, instruidos o cultos estudiosos. En el Colegio de Navarra se practicaba la *disputatio ordinaria*; es decir, la disputa sobre temas previamente señalados en las clases por los maestros, aunque existía tam-

<sup>39</sup> F. Meunier, *Essai sur la vie et les ouvrages de Nicole Oresme*, Paris, Typographie de Ch. Lahure, 1857, p. 6.

<sup>40</sup> *Ibidem*.

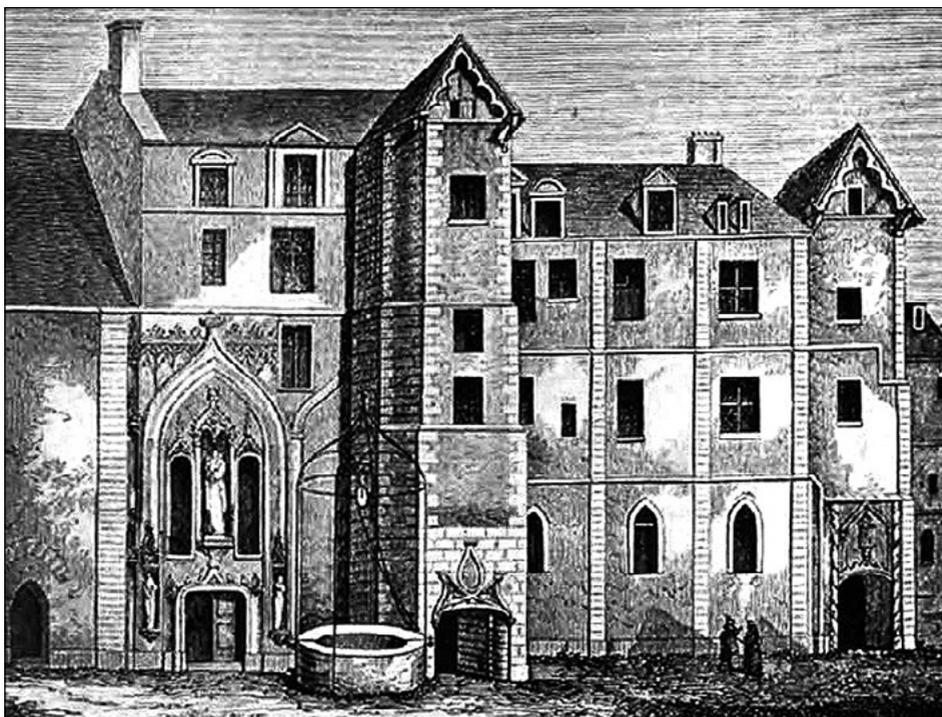


Figura 4. Colegio de Navarra.

bién la *libero disputatio* (disputa libre), consistente en la discusión de temas variados (desde altas especulaciones metafísicas hasta cuestiones de la vida diaria, fuera esta pública o privada) cuya multiplicidad y heterogeneidad hacían imprevisibles los resultados, y que se llevaba a cabo en la universidad. Eran el culmen de la pedagogía medieval y se celebraba con gran solemnidad en dos épocas del año: en los días anteriores a la Navidad y en los días siguientes a la Pascua de Resurrección. Lo interesante de esta *disputatio* era la vivacidad de los choques ideológicos, las puntualizaciones de los maestros y las reacciones suscitadas entre los asistentes<sup>41</sup>.

Parte fundamental del excelente funcionamiento de este colegio se debió a la importancia de sus maestros, a la disciplina reinante en él, y a su codiciada biblioteca. Acerca de esta, en una publicación de la Sociedad de Bibliófilos de París editada en 1873, se lee lo siguiente: «Mañana iremos, en el barrio latino, al Colegio de Navarra, cuyas espaciosas construcciones y bien construidas forman un cuadrado, con una importantísima biblioteca»<sup>42</sup>. Esta referencia corresponde a una época en la que la biblioteca todavía mantenía todo su esplendor y esto no deja de tener su aquel porque enlaza con lo que desde el primer momento se dijo acerca de que «la reina fundadora lo enriqueció con una excelente librería»<sup>43</sup>, confirmando el aserto Durey de Noinville al dar noticia de unos interesantes y

<sup>41</sup> D. Reinaldo, «El origen de la universidad, organización y método», monografía inédita de próxima publicación.

<sup>42</sup> *Voyage de Lister a Paris en MDCXCVIII*, Sociedad de Bibliófilos de París, 1873, p. 229.

<sup>43</sup> J. du Breul, Prieur de Saint-Germain-des-Prés, *Théâtre des antiquites de Paris*, Paris, Bouillon Imprimeur, 1777, p. 495.

«antiguos manuscritos legados por la reina Juana»<sup>44</sup>. Estas informaciones vienen a darse la mano con cierta orden dada por ella en su testamento: «... reservad y guardad dinero para comprar libros de gramática, de lógica, de filosofía y de teología, para beneficiar el estudio de los escolares pobres»<sup>45</sup>. En los estatutos del colegio esta frase se tradujo literalmente al latín, de manera que los albaceas no tuvieron más remedio que «establecer una biblioteca compuesta con los mejores manuscritos que pudieron encontrar, ya que la imprenta aún no había sido inventada»<sup>46</sup>. Esto mismo, palabra por palabra, puede leerse en la *Description de la ville de Paris et de ses environs* de Jean-Aimar Piganiol de La Force, publicado en 1742. Lo lamentable fue que en 1789, con motivo de la Revolución francesa, se entró a saco en este colegio provocando enormes destrozos en la biblioteca. Léopold Delisle, miembro del Instituto Conservador del Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Francia, en el tomo II de su *Histoire Générale de Paris*, dedicado a «Le Cabinet des Manuscrits de la Bibliothèque Nationale», en la página 252, cap. VII, refiriéndose a los fondos del Colegio de Navarra, dice: «Nosotros apenas recibimos la octava parte de los manuscritos que el Colegio de Navarra tenía en el momento de la Revolución. Es demasiado poco para tratar de hacer la historia de una colección de libros que tiempos atrás disfrutaba de una indiscutible celebridad en la Universidad de París».

No obstante, entre una noticia bastante fiable que proporcionó A. Franklin sobre los fondos que con probabilidad tuvo la biblioteca del Colegio de Navarra<sup>47</sup> y la relación que facilitó el mencionado Delisle en su obra anteriormente citada, es posible trazar una idea bastante aproximada de lo que contenía.

## LA BIBLIOTECA DEL COLEGIO DE NAVARRA

La biblioteca del Colegio de Navarra se creó en cumplimiento de lo ordenado por la reina doña Juana en su testamento y desde el primer momento tuvo importantes fondos bibliográficos, pero fue Pierre d'Ailly quien la mejoró de manera tan sustancial que no se dudó en colocar una inscripción en la capilla calificándole de «*secundus fundador*». Anteriormente a él la biblioteca fue enriqueciéndose con donaciones de profesores, exprofesores y exalumnos del colegio. Léopold Delisle, bibliófilo e historiador francés que en 1874 se hizo cargo de la entonces Biblioteca Imperial (hoy Nacional) dice que «se puede ver en los volúmenes que nos han llegado los nombres de algunos antiguos profesores, lo que no deja de tener interés» y proporciona una interesante relación de sus entregas y legados.

El propio Pierre d'Ailly<sup>48</sup>, arzobispo de Cambrai, geógrafo y teólogo de renombrada fama, profesor y director del colegio en 1384, regaló un extraor-

<sup>44</sup> Louis B. Durey de Noinville. Citado por A. Franklin en *Les anciennes bibliothèques de Paris*, p. 394, nota 2.

<sup>45</sup> M. E. Dubarle, *Histoire de l'Université de Paris*, op. cit., t. IV, p. 74.

<sup>46</sup> Louis Paris, director de la revista *Le Cabinet historique*, vol. 2.º, 1856, p. 352.

<sup>47</sup> A. Franklin, *Les anciennes bibliothèques de Paris: églises, monastères, collèges, etc.*, Paris, Imprimerie impériale, 1867.

<sup>48</sup> Pierre d'Ailly nació en Compiègne el año 1351 y murió en Avignon el 9 de agosto de 1425. Escribió más de una docena de libros, figurando entre ellos *Imago Mundi*, *Concordantiae astronomiae cum theologia necnon historicae veritatis narratione* y *Capita agendorum in concilio generali de reformatione Ecclesiae*, obras que en su época obtuvieron un entusiasta reconocimiento general.

dinario volumen del siglo XIII<sup>49</sup> con diferentes obras de Guibert de Nogent (quien, según el historiador Jean Favier, fue uno de los más característicos representantes de la generación que hizo del siglo XII una época de renacimiento intelectual), de Adam, del abad de Perseigne y de san Bernardo. Otros profesores que donaron libros a la biblioteca, fueron: Henri de Béthisy (el 16 de junio de 1395 legó su biblia familiar, un tomo miniado que es una auténtica joya), Michel de Creney (al morir el 13 de octubre de 1409, siendo entonces obispo de Auxerre, legó un viejo y valioso ejemplar de las cartas de san Jerónimo), Gui Auverjat (el 18 de mayo de 1476 donó un codiciado volumen sobre la historia de la Iglesia), Jean Hue (entregó una interesante traducción en dos volúmenes de Valerio Máximo, figurando en el primero de ellos una curiosa anotación en latín<sup>50</sup>), Pierre de la Paroisse (regaló la obra en dos volúmenes *Liber de imperio Constantini*), Jacques de Arcus (obsequió un magnífico volumen con la historia de los papas), Pierre de Dierrey (donó la interesantísima recopilación que san Jerónimo hizo de todos los escritos de Lactance, nombre con el que se conoció a Lucius Caelius, importante apologista cristiano muerto hacia el año 323), Jean le Filiastre (regaló un viejo manuscrito de san Ambrosio en el que el vendedor plasmó un sorprendente testimonio<sup>51</sup>), Nicolas de la Mare (donó en 1455 un evangeliario del siglo XI que había comprado el 3 de julio de 1453 por la nada despreciable cantidad de veintidós sueldos y ocho dineros, y al año siguiente unos libros del Nuevo Testamento adquiridos a Jean de Mouson, ayuda de cámara del rey Luis XIII y dueño de una acreditada librería en París), Pierre des Genettes (regaló un raro manuscrito con la transcripción de las homilias de Orígenes, los sermones de san Gregorio Nacianceno y el Manual de san Agustín), etc.

Durante los siglos XIV y XV, gracias a las numerosas donaciones que paulatinamente se recibían, la biblioteca del Colegio de Navarra incrementó sus fondos soberbiamente. En el *Traicté des plus belles bibliothèques*, editado en París el año 1644, Louis Jacob de Saint-Charles dice que «los profesores y los antiguos alumnos del colegio donaban siempre a la biblioteca un ejemplar de las obras que ellos escribían»<sup>52</sup>. Es una pena no tener noticia de cuál pudo ser la donación más antigua, pero sí la hay de un préstamo hecho en 1352. El prestamista fue un exalumno llamado Nicolas Laginius, luego maestro del colegio, y en el volumen entregado figuran escritas las siguientes palabras: «*Istum librum reddidit domui de Navarra magister Nicholaus de Laginiis*» (Este libro fue prestado a la casa de Navarra por el maestro Nicolas Lainius). No hay constancia de más préstamos, pero durante estas dos centurias las dádivas

<sup>49</sup> Hoy se halla en la sección Manuscritos de los fondos de Navarra, Biblioteca Nacional de Francia, referencia 17282.

<sup>50</sup> Dice así: «*Ex dono magistri Johannis Hue, in sacra pagina professoris eximii ac etiam penitenciarri et canonici Parisiensis, qui obiit in hac Parisiensi urbe anno Domini M CCCC LXXXIX, post Pasca*». (Donado por el maestro Juan Hue, eminente profesor de Sagrada Escritura, penitenciarrio y canónigo de París, que murió en esta ciudad de París en el año 1489, después de la Pascua).

<sup>51</sup> Dice así: «*Ego Simon, religiosus de Sancto Crispino, assero bona fide et per juramentum meum me vendidisse istum librum pro precio duorum francorum, quod recepi a magistro Johanne Filiastri, et promitto garandizare dictum librum de evictione ubicumque. Scriptum manu mea. Simon de Morkourt*». (Yo, Simón, religioso de San Crispín, declaro de buena fe y bajo juramento haber vendido este libro por el precio de dos francos, que he recibido del maestro Juan Filiastri, y reconozco haber recibido el pago en el momento de entregar dicho libro. Escrito por mi mano. Simon Morkourt).

<sup>52</sup> Citado por A. Franklin en *Histoire Générale de Paris, op. cit.*, p. 395.

fueron tan abundantes que bajo el reinado de Carlos VIII (1483-1498) Jean Raulin –exalumno y doctor en Teología que en 1481 sucedió a Guillaume de Chateaufort en la dirección del colegio– se vio obligado a acometer la construcción de un nuevo edificio para poder albergar convenientemente los fondos bibliográficos con que se contaba<sup>53</sup>. El rey contribuyó a esta iniciativa con un donativo de 2.400 libras tornesas, pero a pesar de ese donativo la falta de dinero para financiar la construcción del nuevo edificio hizo que las obras se llevasen a cabo con extrema lentitud. La obra la acabó en 1506 Louis Pinelle, sucesor de Raulin. Cinco años después el rey Luis XII regaló doscientas libras que se utilizaron para construir una escalera que proporcionase más cómodo acceso y manejo de los libros por las estanterías.

Alfred Franklin en el tomo primero de la *Histoire Générale de Paris*, capítulo dedicado a *Les anciennes bibliothèques de Paris*, facilita generosa información sobre la del Colegio de Navarra. En esta relación hay detalles que no dejan de ser tan útiles como curiosos. Por ejemplo: hacia mediados del siglo XIV el primer médico de Carlos VI, llamado Réginald Fréron, regaló un hermosísimo misal infolio de tal belleza que, cuando al paso del tiempo cayó en manos del cardenal Mazarino (siglo XVII), este quedó tan cautivado que acabó en su biblioteca. En 1376 un tal Jean Alexandre, que había sido estudiante de gramática en el colegio y formado parte del grupo de estudiantes encargados de la portería, dejó al morir un considerable número de interesantes manuscritos. Al frente de ellos estampó esta mención: «*Pro libraria regalis collegii Navarre, de dono M. Alexandri, quondam janitoris ejusdem*» (Para la librería real del Colegio de Navarra, donación de M. Alexander, exintegrante de los porteros).

Entre los benefactores de esta biblioteca caben mencionar: Pierre Médard, famoso maestro en artes, que legó en 1385 un extraordinario volumen infolio sobre vitela (que curiosamente también acabó luego en la biblioteca de Mazarino); Guillaume Leduc, exalumno y presidente del Parlamento, donante de una bellísima biblia infolio sobre vitela; Pierre de Parrochia, maestro de gramática, que regaló en 1396 un manuscrito de Aristóteles; Jean Héliot, canónigo de Châlons (región Ródano-Alpes), que legó en 1410 dos volúmenes originales del también canónigo y reconocido maestro en teología Johannes Helioti; Jean Gerson, exalumno del colegio e importante teólogo conocido en la época con el sobrenombre *Doctor christianissimus*, que donó tres importantes obras suyas (*Cinquante-Cinq Sermons et Discours* en 1389, *La Montagne de contemplation* en 1397 y *De restitutione obedientiae* en 1400); Pierre Dierrius, profesor del colegio desde 1396 hasta 1429 y uno de los principales participantes en la fase final del proceso a Juana de Arco entre el 23 y el 29 de mayo de 1431, que legó toda su biblioteca, pudiéndose reconocer cada uno de los volúmenes por esta inscripción: «*De legato magistri Petri de Dyerreyo, quondam hujus collegii Navarre magistri*» (Del legado del maestro Pedro Dierrius, que fue maestro del Colegio de Navarra); Nicolaus Dauchy, maestro en artes y bachiller en teología, que regaló en 1437 las obras de santo Tomás de Aquino; Robert Cibole, canciller de Notre-Dame de París y provisor del colegio, que a su muerte dejó toda la biblioteca que él tenía en sus aposentos de la catedral parisina...

<sup>53</sup> J. G. de Chauffepié, *Nouveau Dictionnaire historique et critique pour servir de Supplement ou de continuation au Dictionnaire historique et critique de Mr. Pierre Bayle*, t. quatrième (Q-Z), 1761, p. 65.

En 1473 se produjo un hecho que, como mínimo, puede tacharse de relevante. Jean Bouchard, obispo d'Avranches, y el presidente del Parlamento se presentaron en el colegio bien pertrechados de agentes uniformados. Se dirigieron directamente a la biblioteca, pidieron se les mostrasen todas las obras que fueran proclives a la doctrina nominalista<sup>54</sup> y ordenaron se atara con cadenas cada uno de los volúmenes para impedir así su lectura<sup>55</sup>. La desconcertante irrupción de tales personalidades en la biblioteca se debió a que Pierre d'Ailly y G. Charlier habían traducido y comentado las doctrinas galicanas<sup>56</sup> expuestas en varias obras de Occam. Aunque todo el mundo daba por supuesto la fidelidad del Colegio de Navarra a su tradición académica en perfecta sintonía con la doctrina católica, había sido denunciado como foco muy peligroso de irradiación del nominalismo. La acusación debió ser convenientemente desbaratada porque los volúmenes férreamente encadenados recobraron su libertad ocho años después. El preboste de París declaró, en nombre del rey, que no había lugar a tal prohibición porque «cada uno puede estudiar lo que quiera»<sup>57</sup>.

Las donaciones a la biblioteca siguieron llegando a lo largo del tiempo con toda normalidad. Por citar algunas de ellas: en 1499 el exalumno Jean Piri entregó un gran número de libros; en 1503 Jacobum Ortis, socio relevante de la comunidad de teólogos, un volumen de Aristóteles; en 1515 Jean Rivolle, famoso gramático que había sido profesor del centro, donó su preciosa biblioteca en la que entre otras estupendas singularidades estaba la célebre Biblia de 1462; en 1540 los exprofesores Jean Orcin y Jean Papillon también regalaron sus respectivas bibliotecas; en 1541 el canónigo y antiguo alumno Jacques Merlin legó al colegio la mitad de su biblioteca (que consistía en un número considerable de obras de derecho civil y derecho canónico) y la otra mitad a la catedral de Notre-Dame; en 1543 el exalumno y célebre, respetado y prolífico teólogo Josse Clichtou dejó en su testamento una autorización a Louis Lasseré, director entonces de la institución, para que eligiera de entre todos los libros de su biblioteca los que juzgara más interesantes<sup>58</sup>.



Figura 5. Colegio de Navarra. 1440.

<sup>54</sup> Con el término «nominalismo» se designó una doctrina filosófica según la cual los conceptos generales o universales son simples términos abstractos que distinguen conjuntos más o menos vastos de realidades individuales.

<sup>55</sup> De Launoy, en su *Navarrae gymnasii historia*, t. I, p. 188, corrobora esto de la siguiente forma: «Año 1473. El obispo de Avranches, confesor del rey, y el príncipe del Senado, se presentaron en la biblioteca, y a los libros nominalistas los ataron con cadenas, y prohibieron su lectura» (citado por A. Franklin, *Histoire Générale de Paris*, op. cit., p. 398, nota 7).

<sup>56</sup> El galicanismo era una doctrina religiosa y política que perseguía promover la organización de la Iglesia católica en Francia de forma totalmente autónoma del papa, reduciendo la intervención de este solo al poder espiritual y no reconociéndole papel alguno en el terreno temporal.

<sup>57</sup> A. Franklin, *Histoire Générale de Paris*, op. cit., p. 399.

<sup>58</sup> «Desgraciadamente solo se ha podido encontrar un único volumen de este fabuloso legado». (A. Franklin, *Histoire Générale de Paris*, op. cit., p. 401).



Figura 6. Plano de París en 1572.

Henri Sauval (1623-1676) escribió en su *Historia de París* que el Colegio de Navarra era el más codiciado de París<sup>59</sup>, quizás porque de entre sus alumnos es de donde salía el más considerable número de los hombres que llegaban a alcanzar muy altas posiciones tanto en la política como en las letras. Esto ya venía de lejos, pues Jacques Du Breul escribió a finales del siglo XVI que «la mayoría de los jóvenes príncipes, señores y gentilhombres tienen la costumbre de hospedarse e instruirse en ese colegio antes que en cualquier otro»<sup>60</sup>. De aquí que las donaciones hechas a esta institución fueran normalmente de gran valor, pues alumnos de ella fueron personajes tan importantes como dos reyes de Francia (Enrique III y Enrique IV), el cardenal Richelieu, el cardenal Raimond Pérault (en 1502 regaló, además de unos cuantos libros, varias reliquias muy apreciadas que se conservaron durante largo tiempo en la capilla), el cardenal Luis de Borbón-Vendôme (que donó doscientas libras para estucar el claustro), el prelado Daniel de Cosnac (fue el encargado de interpretar el edicto de Nantes, gracias al cual acabaron las guerras de Religión que convulsionaron a Francia durante el siglo XVI), el clérigo, predicador e intelectual francés Jacques B. Bossuet (uno de los historiadores más influyentes de la corriente providencialista<sup>61</sup> y defensor de la teoría del origen divino del poder como justificación del absolutismo ejercido por Luis XIV), etc.

El gran estudioso del idioma hebreo y famoso cosmógrafo alemán Sebastian Münster (1488-1552), autor entre otras muchas obras de la prestigiosa

<sup>59</sup> H. Sauval, *Histoire et recherches des antiquités de la ville de Paris*, Paris, C. Moette & J. Chardon, t. II, 1724, p. 374.

<sup>60</sup> J. du Breul, *Theatre des antiquitez de Paris*, Paris, Chez Claude de la Tour, 1612, p. 495.

<sup>61</sup> Esta corriente se basaba en que Dios es el verdadero protagonista y sujeto de la historia.

*Cosmographia universalis* (1544) editada en 1575 por el prolífico escritor y traductor François de Belleforest, fue probablemente uno de los que más admirados quedaron con la biblioteca tras la visita que realizó a ella. En la obra mencionada, escribió: «Lo que en esta casa más llama la atención es la librería, que en nada puede envidiar a la de San Víctor bien por el número de libros como por la calidad y rareza de los volúmenes correspondientes a autores de cualquier ciencia y cualquier lengua»<sup>62</sup>. Eso de «a la de San Víctor» tiene su aquel, pues hace referencia a la biblioteca de una vieja abadía de canónigos regulares fundada en el siglo XII por Guillaume de Champeaux, arcediano de Notre-Dame de París. Se habló y exaltó tanto la magnificencia de esta biblioteca que se llegó a caer en el ridículo. Tan exagerados fueron los ditirambos que Rabelais no reprimió la tentación de referirse satíricamente a ella en el capítulo VII de su *Pantagruel* (titulado «Comment Pantagruel vint à Paris, et des beaux livres de la bibliothèque Saint-Victor»), dando una larga relación de libros con títulos a cada cual más regocijante: «Pantophla decretorum»; «Fornicarium artium»; «La importunidad del matrimonio»; «Buda, el óptimo tripero»; «La escoria de los abogados»... y así hasta cerca de sesenta epígrafes. Años más tarde, en 1637, cuando murió en Aix-en-Provence el astrónomo y botánico Nicolas-Claude Fabri de Peiresc, gran mecenas de ciencias y artes que había dedicado la mayor parte de su inmensa fortuna a reunir una impresionante biblioteca que fue transportada a París para ser vendida, el Colegio de Navarra no dejó escapar la ocasión y compró toda la biblioteca, aumentando aún más el valor de la suya.

Desgraciadamente esto fue lo último que en materia de adquisición de libros pudo hacer el colegio, pues la administración del mismo entró en bancarrota el año 1676. «A partir de este momento, aunque la biblioteca del Colegio de Navarra, poseedora ya de ocho mil volúmenes, aún se mantuvo al nivel de las que tenían “alguna fama”, dejó de aumentar y su historia se reduce a la lista de los catálogos que sucesivamente redactaron sus bibliotecarios»<sup>63</sup>. El perjuicio causado quedó reflejado en una cuarteta de Michel de Marolles, traductor e historiador francés que llegó a reunir una interesantísima colección de 123.000 grabados que en 1667 compró Luis XIV por un importe equivalente al precio de unos veintiocho mil libros y fue como el acta de nacimiento de la Sección de Grabados de la actual Biblioteca Nacional francesa. La cuarteta decía así:

*La Navarre assez forte est pourtant négligée;  
Dans les vieux de l'Eschole elle avait son crédit,  
Mais l'étude à présent n'en fait point de débit,  
Et dans ses manuscrits elle est peu ménagée.*

(Navarra es bastante fuerte, pero descuidada;  
En la vieja Escuela tenía ella su crédito,  
Pero los estudios actuales no le aportan nada,  
Y de sus manuscritos es poco cuidadosa).

<sup>62</sup> Citado por A. Franklin en *Histoire Générale de Paris, op. cit.*, p. 401, nota 5.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 402.

Lo que hoy se puede saber acerca de la biblioteca del Colegio de Navarra hay que buscarlo en los catálogos que hicieron sus bibliotecarios. El más antiguo data del año 1708 y el último está fechado el 25 de diciembre de 1776. En la actualidad son localizables los libros que provienen de esta biblioteca porque todos ellos llevan inscripciones hechas a mano, descollando las correspondientes a los muy antiguos manuscritos. Brindan los siguientes textos:

- PRO LIBRARIA REGAL COLLEGII CAMPANIAE, ALIAS NAVARRAE, PARIS.
- ISTE LIBER EST DE LIBRARIA THEOLOGORUM COLLEGII NAVARRAE, PARISIIS.
- ISTE LIBER EST PRO COLLEGIO NAVARRE IN MONTE SANCTE GENOVEFE.
- ISTE LIBER PERTINET LIBRARIE TEOL. REGALIS COLLEGII NAVARRE.
- ISTE LIBER EST DE DOMO SCOLARIUM DE NAVARRA AD USUM THEOLOGORUM EJUSDEM DOMUS.
- BIBLIOT. THEOLOG. REG. NAVARRAE.
- BIBLIOTHECAE COLLEGII REGIAE NAVARRAE.

En 1789 la Revolución francesa suspendió el funcionamiento del Colegio de Navarra y el 1 de septiembre de 1795 se estableció en él la Escuela Politécnica. Utilizó únicamente el primitivo edificio que se hallaba junto al ocupado por la biblioteca, destinando este a aula de dibujo<sup>64</sup>. Entre 1800 y 1805 esta escuela recibió un fuerte impulso por parte de Luis Luciano Bonaparte, pero fue a partir de 1806, y de la mano de Napoleón, cuando en la institución se produjeron notables cambios orientados a lograr que los alumnos recibieran una instrucción militar suficiente como para poder integrarse en los ejércitos imperiales a la mayor brevedad posible. Esto recibió algunas críticas, a las que Napoleón respondió: «Yo no quiero que muera mi gallina de huevos de oro»<sup>65</sup>. En 1817, tras una total reorganización, la escuela se puso bajo la protección del duque de Angulema, quien nombró al conde Bordesoulte director de la misma. En 1832 volvió a ser profundamente reorganizada y en 1970, manteniendo su estatus militar y dependencia del Ministerio de Defensa, recibió el reconocimiento civil de los estudios cursados en ella, convirtiéndose en un establecimiento de enseñanza superior e investigación aliado con la cultura de la excelencia científica en el marco de una firme tradición humanística. La misión de la Escuela Politécnica quedó definida y fijada por ley el 15 de julio de 1970, con estas palabras:

La Escuela Politécnica tiene por misión dar a sus alumnos una cultura científica y de carácter general que los haga aptos para ocupar, tras una formación especializada, los empleos de mayor cualificación o responsabilidad de carácter científico, técnico o económico, en los cuerpos civiles y militares del Estado y en los servicios públicos, y de manera general en el conjunto de actividades de la nación.

<sup>64</sup> J.-A. Delaure, *Histoire de Paris, op. cit.*, t. III, p. 183.

<sup>65</sup> Ministère Soult-Guizot, *Précis historique sur l'École Polytechnique*, Paris, Jules Laisné, Éditeur, 1844, p.13.

## EL COLEGIO DE NAVARRA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA

En el siglo XVIII Francia adolecía de fuertes disparidades regionales, agravadas por un sistema educativo que ya en 1738 se consideraba anticuado y en el que la enseñanza que se proveía a los niños para la gramática, la escritura y la lectura, pasaba por exigirles aprender el latín antes que el francés. Esto se debía a que en colegios y universidades, cuyas plazas docentes estaban ocupadas en abrumadora mayoría por clérigos (bien fueran gramáticos, filósofos o teólogos), el latín era la llave para poder cursar las carreras más interesantes. Ante tal panorama no es extraño que para el pueblo la escuela se hubiese convertido en principal fuente de ignorancia del idioma francés. Por si esto fuera poco, y según Dubarle, a partir de 1740 Francia vivió un periodo de anglo-manía que suscitó gran interés por la lengua inglesa. Filósofos como Montesquieu y Voltaire se rindieron a Inglaterra importando en su país un rosario de nuevas palabras. Fue la época en que el francés tomó del inglés palabras como *motion* (moción), *vote* (voto), *session* (sesión), *jury* (jurado), *pair* (paridad), *budget* (presupuesto), *verdict* (veredicto), *veto* (veto), *contravention* (multa), *sociétaire* (socio), *paquebote* (paquebote), *rosbif* (asado o corte de buey tierno asado al horno), *gigue* (giga), etc. La 5.<sup>a</sup> edición del *Diccionario de la Academia francesa*, publicado en 1798 tras haber sido disuelta el 8 de agosto de 1793 por la Convención Nacional, recogió en sus páginas unas sesenta nuevas palabras tomadas del inglés<sup>66</sup>. Como complemento a todo esto, aproximadamente el 15% de la tierra estaba en manos de la Iglesia, el 20% en manos de la nobleza, el 40% en manos de la burguesía y el 25% en manos de los campesinos. Nobles, burgueses y clerecía raramente trabajaban sus tierras, confiando la explotación a granjeros o aparceros sometidos a un régimen de arbitrariedad y abuso que generaba fuertes tensiones.

Repasando la historia de Francia llama la atención que por esta época la escuela fuera uno de los grandes obstáculos para el mejor aprendizaje y difusión del francés, con el agravante de que era un mosaico de lenguas y dialectos: alsaciano, francoprovenzal, occitano, bretón, vascuence, patois, champañés, lyonés, gascón, provenzal, limusino, languedociano, etc.<sup>67</sup>. Para colmo, tanto el Estado como un significativo sector de la Iglesia estimaban que la instrucción era tan inútil como peligrosa para el pueblo. No hay más que ver lo que en 1782 opinaba el intendente de la región de Provenza sobre la enseñanza: «No solo no es necesaria para el vulgo, sino que siempre he encontrado no haber ningún interés por ella en las aldeas. Un campesino que sabe leer y escribir deja la agricultura sin aprender un oficio o para convertirse en un profesional, ¡y eso es un gran mal!»<sup>68</sup>. Por el contrario, en la Convención Nacional celebrada en abril de 1793 Bertrand Barère, miembro del Comité de Salud Pública, lanzó una furibunda ofensiva a favor de una única lengua nacional: «La monarquía tenía razones para parecerse a la Torre de Babel; en la democracia, que el pueblo ignore la lengua nacional, haciéndole incapaz para controlar el poder, es traicionar a la patria. Para ser un pueblo libre, la lengua debe ser una y la misma para

<sup>66</sup> M. E. Dubarle, *Histoire de l'Université de Paris*, op. cit., t. II, p. 154.

<sup>67</sup> M. Anglet, *Histoire de France*, Paris, Librairie Classique, t. III, 1844, p. 262.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 305.

todos»<sup>69</sup>. En fin, sumando a todas esas cosas la deficiente gestión económica que tras la muerte de Luis XV se llevaba a cabo, no es extraño que el clima anduviese en Francia tenso y bastante revuelto. Se presagiaba el estallido que se produjo en 1789. De todas formas, la Revolución francesa tuvo varias causas y todas ellas importantes. Causas que afectaban tanto al terreno de la economía y de las finanzas como al social y, por si fuera poco, al de la política y la filosofía. Francia entró en una gran crisis financiera porque las guerras que mantuvo en el siglo XVIII acabaron por empobrecer las arcas del reino y esta crisis terminó desencadenando un alza en los precios que se dio la mano con las malas cosechas de 1788. La sociedad, configurada en tres estamentos (clero, nobleza [descendiente de los *bellatores* o casta guerrera] y el tercer estado, llamado así por ser el tercero –o sea, el último– en este orden social), impulsada por las ideas filosóficas con que se iluminó el llamado Siglo de las Luces, se vio sacudida por un tercer estado que dejó bien claro estar dispuesto a poner en marcha las reformas que fuesen necesarias para acabar con la monarquía absoluta.

Luis XVI accedió al trono de Francia y de Navarra el 10 de mayo de 1774, siendo consagrado el 11 de junio de 1775 en la catedral de Reims. Reinó hasta 1792 y fue guillotinado en la plaza de la Revolución de París (hoy plaza de la Concordia) el 21 de enero de 1793. De poco le valió que el 17 de julio de 1789, tres días después de la toma de la Bastilla, accediera a recibir la escarapela tricolor de manos de La Fayette y aceptara ponérsela en el sombrero entre gritos de ¡Viva la nación! Esto de la escarapela tricolor fue, con relación al Colegio de Navarra, motivo de un hecho que tuvo su trascendencia. La escarapela, una roseta que se fijaba en el sombrero o una cinta que se sujetaba al brazo, era en el Antiguo Régimen una insignia militar utilizada para identificar el cuerpo al que se pertenecía. Al estallar la Revolución francesa el 14 de julio de 1789, los revolucionarios –seguidos con mal disimulada falta de convicción por muchos burgueses– adoptaron con entusiasmo la escarapela tricolor (azul, blanco y rojo) combinando el blanco (color de los Borbones) con los colores tradicionalmente identificativos de París (azul y rojo). En respuesta, la nobleza antirrevolucionaria adoptó una escarapela en color negro, la pequeña parte de la burguesía que no se había aliado con los revolucionarios lo hizo en color verde y los adeptos a la monarquía en color blanco.

Para celebrar el aniversario de la toma de la Bastilla, se decidió organizar el 14 de julio de 1790 una gran fiesta revolucionaria, llamada Fiesta de la Federación a imitación de las federaciones regionales de la Guardia Nacional, que desde agosto de 1789 habían empezado a celebrar su fiesta en el Midi y se había extendido ya por toda Francia. La Fayette, que era el comandante de la Guardia Nacional de París, decidió organizar esta fiesta en conmemoración del aniversario de la toma de la Bastilla y la bautizó con ese nombre. La cita era en el Campo de Marte<sup>70</sup> y, para poder dar cabida a las personas que se

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 266.

<sup>70</sup> Aunque el Campo de Marte es hoy un hermoso parque público situado entre la torre Eiffel y la Escuela militar, en 1790 era solo una inmensa explanada dedicada al cultivo de hortalizas que a veces utilizaba la Escuela militar (fundada en 1765) como campo de maniobras. El 14 de julio de 1790 se dio cita allí una muchedumbre de unas trescientas mil personas dispuestas a festejar la constitución de una nación –afirmada como una e indivisible– «consagrada [según los revolucionarios] en el altar de la Patria y de la Revolución».

esperaba acudieran, miles de voluntarios se aprestaron a colaborar con los mil doscientos trabajadores encargados de preparar aquella inmensa llanura para el evento. Los historiadores hablan de cincuenta mil individuos que, procedentes de ochenta y tres departamentos franceses llegaron a París dispuestos a ayudar en este trabajo y que se alojaron en casas particulares. La tarea de removimiento de la tierra era ingente y testimonios de la época hablan de que entre todos los dedicados a esta faena reinó en todo momento un ambiente de entusiasmo sobrealimentado con canciones revolucionarias (*La Prise de la Bastille, Hymne pour la Fédération, Chant du 14 Juillet, Hymne a la Liberté, Chevalier de Maison rouge...*), en particular el *Ça ira*<sup>71</sup>. El 14 de julio, transformado aquel terreno en un vasto circo, los espectadores parisinos (una «gran multitud», según testigos de la época) pudieron instalarse a lo largo de un gran talud que cerraba el Campo de Marte formando un rectángulo, para asistir entre vítores, banderas desplegadas al viento, músicas y resonar de tambores, al magno desfile de cien mil personas (incluida la Guardia Nacional de París). En el centro se había instalado un estrado, al que se llamó altar de la Patria, donde Luis XVI juró solemnemente la constitución.



Figura 7. Año 1790. Grabado de la época que informa sobre la Fiesta de la Federación.

A ese movimiento colaborador en los preparativos del Campo de Marte se sumaron los estudiantes de los colegios y Universidad de París, deseosos de mostrar públicamente su celo y su amor por la patria. Pero faltó uno de los colegios: el de Navarra. Su no asistencia motivó que el jueves 8 de julio de 1790 se reunieran a primera hora los estudiantes de varios colegios parisinos y a las nueve de la mañana se encaminaron hacia el Colegio de Navarra con los ánimos muy exaltados. Entraron en él, invadieron las estancias donde estudiantes y profesores estaban ocupados en sus clases y conminaron enérgicamente a sus compañeros a incorporarse a los trabajos preparatorios de la gran fiesta. A la tarde de aquel mismo día los alumnos que andaban entregados con tal ardor al entusiasmo patriótico estuvieron pendientes de una sola cosa: ver si los colegas del colegio navarro acudían a colaborar. No se presentaron y, al constatar que era así, acordaron que al día siguiente volverían al Colegio de Navarra para obligarles a ir fuera como fuese. Impreso por orden del Distrito de San Esteban del Monte<sup>72</sup> hay un

A ese movimiento colaborador en los preparativos del Campo de Marte se sumaron los estudiantes de los colegios y Universidad de París, deseosos de mostrar públicamente su celo y su amor por la patria. Pero faltó uno de los colegios: el de Navarra. Su no asistencia motivó que el jueves 8 de julio de 1790 se reunieran a primera hora los estudiantes de varios colegios parisinos y a las nueve de la mañana se encaminaron hacia el Colegio de Navarra con los ánimos muy exaltados. Entraron en él, invadieron las estancias donde estudiantes y profesores estaban ocupados en sus clases y conminaron enérgicamente a sus compañeros a incorporarse a los trabajos preparatorios de la gran fiesta. A la tarde de aquel mismo día los alumnos que andaban entregados con tal ardor al entusiasmo patriótico estuvieron pendientes de una sola cosa: ver si los colegas del colegio navarro acudían a colaborar. No se presentaron y, al constatar que era así, acordaron que al día siguiente volverían al Colegio de Navarra para obligarles a ir fuera como fuese. Impreso por orden del Distrito de San Esteban del Monte<sup>72</sup> hay un

<sup>71</sup> Existen muchas versiones de esta popular canción, pero en aquel 14 de julio 1790 se improvisaron varios cambios en el tradicional estribillo que, por sí mismos, denunciaban con toda claridad los ánimos existentes: «*Ah! ça ira, ça ira! Pierrot et Margot chantent à la ginguette! Ah! ça ira, ça ira, ça ira! Réjouissons nous, le bon temps reviendra! Ah! ça ira, ça ira, ça ira! Les aristocrates à la lanterne! Ah! ça ira, ça ira, ça ira! Les aristocrates on les pendra!*» (¡Ah!, ¡lo haré, lo haré! ¡Pierrot y Margot cantarán en el merendero!, ¡Ah!, ¡lo haré, lo haré, lo haré! ¡Alegrémonos, los buenos tiempos volverán!, ¡Ah!, ¡lo haré, lo haré, lo haré! ¡Los aristócratas a colgar del farol!, ¡Ah!, ¡lo haré, lo haré, lo haré!, ¡A los aristócratas se les colgará!).

<sup>72</sup> Tras la toma de la Bastilla los revolucionarios habían establecido una asamblea de ciudadanos en cada distrito parisino que gozaban de una fuerte influencia en su territorio. El Colegio de Navarra estaba ubicado en este distrito y su asamblea actuó en este caso, ordenando el mismo año 1790 que se imprimiese y divulgase la denuncia, la defensa y el veredicto dado por la referida asamblea.

pequeño folleto de veinticuatro páginas que narra con pelos y señales lo acaecido a partir de este momento<sup>73</sup>.

En él se da cuenta de que «al día siguiente, habiendo llegado al Colegio de Navarra, no encontraron allí más que a un pequeño número de Escolares» y esto «les indispuso aún más contra este Colegio, a pesar de que los pocos alumnos que había mostraron su disposición a ir con ellos a trabajar». No satisfechos con esta demostración de buena voluntad, nuevamente volvieron a la tarde armados con palos y armas blancas. Entraron al patio del colegio y «una vez allí, pidieron a grandes gritos y con amenazas que el Sr. Dubertrand, director del Colegio, rindiera cuenta de su conducta, acusándole de haberse ofendido la Escarapela Nacional en su casa y haber impedido a la mañana que sus Escolares fueran al Campo de Marte». El Sr. Dubertrand se las vio y se las deseó, y como afortunadamente se hallaba reunida en una sala del colegio la Asamblea del Distrito de San Esteban del Monte recurrió a ella. Los componentes de la Asamblea tomaron cartas en el asunto y establecieron que la cuestión planteada se vería al día siguiente, ordenando a los revoltosos que se retiraran inmediatamente e indicando que, en torno a las seis horas, deberían comparecer los representantes que eligieran (a razón de uno por colegio) ante la Asamblea del Distrito para discutir la cuestión que tanto revuelo había producido y enconado los ánimos. El Colegio de Navarra eligió como representante a un alumno llamado Nugues y, en prevención de cualquier contratiempo, nombró como sustituto a otro alumno llamado Chapellier.

Al día siguiente, 10 de julio de 1790, el Sr. Nugues se presentó puntualmente ante «*les Citoyens du District*», pero tuvieron que esperar hasta las siete a los que debían proceder a la acusación. Entonces, «viendo que no aparecían a la hora señalada, y tomando su ausencia por una retractación de su conducta, quisieron justificarse ante los Sres. Ciudadanos del Distrito». Los dos representantes del Colegio de Navarra solicitaron entrar en la sala de audiencia y, concedida la autorización, se dio comienzo al debate. Tomó la palabra el Sr. Nugues, quien hizo una defensa inteligente y muy bien construida. Al acabar se levantó el abate Degranthes<sup>74</sup> y manifestó que había estado la tarde anterior por los diferentes colegios en litigio para ver de calmar los ánimos, que había llegado al final de la exposición y que le habían rogado que, bien por escrito o de viva voz, mediara en este asunto. Añadió que había pedido a los representantes de los colegios que se presentaran no para seguir acusando, sino para reconciliarse con los del Colegio de Navarra. En ese mismo instante aparecieron los representantes de los diferentes colegios y uno de ellos pronunció un breve discurso dedicado a disculparse por «los excesos que pudieron cometerse el viernes por la tarde» y declarar que «queremos vivir siempre en paz y buena armonía con nuestros queridos Compañeros, los Estudiantes del Colegio de Navarra». Terminado su parlamento, la Asamblea del Distrito hizo pública su decisión resolviendo que los alumnos del Colegio de Navarra eran «*très-bons Citoyens*», que «*la conduite du chef qui les gouverne est honnête*»,

<sup>73</sup> *Réponse des étudiants du collège de Navarre aux reproches que leur ont faits des étudiants*, Paris, 1790.

<sup>74</sup> Era este un clérigo muy respetado y conocido por los trabajos que venía realizando en el proyecto de un plan de educación nacional en relación con los colegios universitarios.

que a sus colegas estudiantes se les reconoce también como buenos ciudadanos y que «los discursos pronunciados por los Sres. Representantes de Navarra y de los otros Colegios, se imprimirán y enviarán a los Responsables de los diferentes Colegios de la Universidad». Firmaron el veredicto: Defoissy, presidente; Dezauches, vicepresidente; Decournant y Brouet el Joven, secretarios generales (ver anexo).

Pese a tan buenas palabras, al espíritu revolucionario no le terminaba de encajar la existencia de un colegio como el de Navarra, tildado de elitista, rancio, apegado en exceso a estudios humanísticos y proporcionando una formación filosófica no acorde con la dominante entre los ilustrados, amén de una muy ortodoxa formación teológica, y le pasó factura. En 1794 estableció en sus locales la *École Centrale des Travaux Publicques*, convertida al año siguiente en *École Polytechnique*. El desenlace respondió perfectamente a las tendencias imperantes en cuestión política. La Revolución francesa había traído consigo la incorporación a la política de los términos izquierda y derecha, acuñados en función de la ubicación en el parlamento. A la derecha de la presidencia se situaron los que apoyaban los intereses monárquicos, aristocráticos y burgueses, mientras que a la izquierda se situaron los llamados *partageux*<sup>75</sup>, los defensores del tercer estado y los partidarios de la República. Al Colegio de Navarra difícilmente se le podía tachar de derecha (no apoyaba intereses monárquicos, ni aristocráticos ni burgueses), pero tampoco cabía identificarlo como una institución proclive a la izquierda. Como centro es una absurda clasificación alumbrada en el siglo XX, pues el centro no existe más que en geometría, su carácter claramente independiente sucumbió de manera definitiva cuando el 11 de noviembre de 1805 se le añadieron los edificios colindantes del Colegio de Boncourt (fundado en 1353). Al regresar de Egipto, Napoleón decidió anexarlo al de Navarra porque necesitaba espacio para acuartelar a los alumnos de la Politécnica, a quienes consideraba muy indisciplinados y estar convencido de que eso solo tenía arreglo dándoles estado militar.

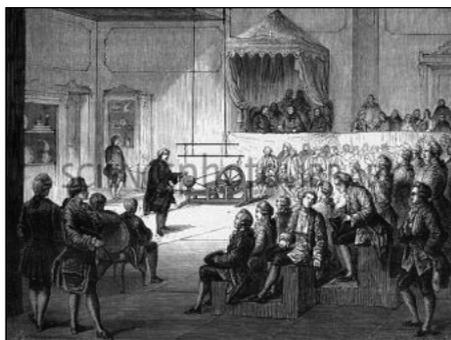


Figura 8. Colegio de Navarra. Comparecencia ante la Asamblea del Distrito.

## LOS ALUMNOS DEL COLEGIO DE NAVARRA

El Colegio de Navarra no fue solo un centro donde se daba acogida y que, en conexión con la universidad, impartía formación en gramática, filosofía, teología y, más tarde, en medicina y derecho. Fue una institución que desde el primer momento tuvo muy claro que su cometido era enseñar a esforzarse,

<sup>75</sup> *Partageux*, según el diccionario, son los «partidarios del reparto de bienes»; pero no deja de ser curiosa la definición que da el de Taboada en 1840: «Partidario de dividir los bienes en porciones para repartirlos o distribuirlos interesado en dotar al pueblo de dones o prendas de las que carece // Amigo de lo bueno y lo malo que tenemos en nuestra naturaleza».

a convivir, a desarrollar las habilidades necesarias para interactuar adecuadamente en la sociedad y ser un buen cristiano. No hay más que leer sus estatutos fundacionales. Es posible que entonces contase para ello con una ventaja de la que hoy carecemos: lo que se enseñaba y aprendían los alumnos no tenía carácter percedero ni estaba sometido a vertiginosos desarrollos y constantes incidencias provocadas por dinámicas ocurrencias proyectadas por tenaces flujos con marbete de novedad. La información que de él se tiene es suficiente para asegurar que la disciplina marcaba unas pautas de comportamiento fundamentales para impulsar las expectativas del alumnado con una proyección eminentemente positiva. Esto es algo evidente cuando se aprecia que, a lo largo de su larga andadura en el tiempo, se daba en su seno un envidiable círculo vicioso: los alumnos que salían del colegio alcanzaban unas posiciones sociales que daban lustre al colegio y este brillo atraía a su seno a los mejores alumnos, como lo demuestra el hecho de que gran parte de ellos llegaron a ser célebres profesores o reputados directores del mismo.

Un pequeño recorrido por algunos de los que llegaron a tener gran renombre puede ser interesante para calibrar qué tipo de becarios, escolares o educandos, accedían al colegio fundado por la reina doña Juana. Dejando a un lado a aquellos de los que ya se ha hablado anteriormente, y siguiendo un orden cronológico de nacimiento, cabe señalar a:

*Jean de Montreuil* (1354-1418). Tras cursar gramática y filosofía fue llamado por el obispo de Beauvois, Milon de Dormans, canciller de Francia en 1380, para ser secretario particular suyo. En 1384 le acompañó a Italia acudiendo en ayuda del príncipe Luis I de Anjou, que se hallaba en dificultades en los combates que libraba para imponerse como rey de Sicilia. La expedición recaló en Milán y fue recibida en la corte de Bernabé Visconti. Después, a causa de tener que entablar unas negociaciones recabando ayuda para la ciudad de Arezzo, que había sido tomada por el señor de Coucy, hicieron un alto en la Toscana. Allí pasaron varias semanas con el Gobierno de Florencia e hizo una buena amistad con el canciller florentino Coluccio Salutati y un grupo de humanistas toscanos que le ayudaron a descubrir las obras de Petrarca y de Boccaccio. En 1390 se le nombró secretario particular del rey Carlos VI, lo que le llevó a ejercer una especial influencia en la turbulenta época de principios del siglo XV. Fue reconocido como gran humanista parisino, excelente hombre de Estado y buen escritor político, siendo calificado en la actualidad por los estudiosos franceses como el primer humanista que hubo en Francia. Tras la toma de París por la bandería borgoñona en 1418, fue asesinado el 29 de mayo de ese año. Su obra está constituida esencialmente por una colección de 220 cartas, escritas en latín, y de dos libros de propaganda política enmarcados en el contexto de la guerra de los Cien Años: *Regali ex progenie* (escrito entre 1406 y 1412 y dedicado a Louis de Guyenne) y *Traité contre les Anglais* (escrito entre 1413 y 1416).

*Nicholas de Clémanges* (1360-1437). Ingresó en el Colegio de Navarra en 1372 y se doctoró en Teología el año 1393. Junto a Pierre d'Ailly y Jean Gerson formó el trío de teólogos franceses que luchando por la reforma eclesiástica más brillaron en el Concilio de Constanza (1414-1418). Marcel Pacaut dice de él en la *Encyclopaedia Universalis* que «fue uno de los críticos más acerbos de las costumbres de la jerarquía, denunciando la codicia y los vicios de los prebendados e, incluso, su sed de dominación del papado; a sus ojos, el remedio no po-

día encontrarse más que en una vuelta a las costumbres de la edad apostólica y la pobreza». Fue profesor del colegio, llegó a ser rector de la Universidad de París y en 1397 tuvo que abandonar la docencia reclamado por el papa Benedicto XIII para ser secretario particular suyo. Esto hizo que, cuando Francia rompió con los papas de Avignon, se viese envuelto en serias dificultades. Se retiró al monasterio cartujo de Valfonds y luego a Fontain-du-Bose. En estos dos retiros escribió sus mejores y más famosos tratados: *De Fructu eremi* (dedicado a Pierre d'Ailly), *De Fructu rerum adversarum*, *De novis festivitatibus non instituendis* y *De studio theologico*, obra esta en la que no oculta su profunda aversión al método escolástico en filosofía. En 1425 volvió al Colegio de Navarra, donde enseñó retórica y teología hasta su muerte.

*Jean de Gerson* (1363-1429). Se doctoró en Teología en 1393 y a los dos años, en 1395, fue elegido para sustituir a Pierre d'Ailly como canciller de la Universidad de París. Llamado *Doctor christianissimus*, fue un teólogo altamente reconocido en toda Europa y adquirió notable fama tanto con su proyecto de «retorno a la fe pura» como por la lectura que, fundándose en los principios de san Buenaventura, hizo de la *Teología mística* del Areopagita. Su trabajo intelectual estuvo fuertemente marcado por el combate que libró sin tregua contra el neoplatonismo y la lógica de Duns Scot. Fue autor de más de veinte obras, a cada cual más apreciada en los círculos culturales. Tras el Concilio de Constanza, a causa de la lucha entre los *armagnacs* y los borgoñeses, tuvo dificultades para regresar a Francia y se retiró a Baviera. A los dos años pudo volver a su país y se encerró en un monasterio donde se dedicó a componer libros ascéticos y enseñar a los niños pobres.

*Octavian de Saint-Gelais* (1468-1502). Estudió teología y, nada más obtener el grado de maestría, accedió a la corte del rey Carlos VIII. El salto del colegio y la universidad a la vida cortesana, según dice Colletet<sup>76</sup>, hizo «que se entregara a los placeres del mundo y a mantener dulces amoríos». Pero, nada más cumplir los veinticinco años, padeció una enfermedad que le obligó a abandonar su disipada existencia. Durante la convalecencia sufrió un vuelco su vida y decidió hacerse sacerdote. En 1494 Carlos VIII le confió el obispado de Angulema, resultando que «el pecador arrepentido resultó ser un excelente prelado: reformó las reglas monásticas, visitó a los pobres, embelleció las iglesias y... compuso poemas»<sup>77</sup>. En sus poesías se encuentran todas las combinaciones posibles de rimas y ritmos que dan al lector la impresión de estar asistiendo a una auténtica acrobacia poética. Los críticos literarios franceses ensalzan con mayor entusiasmo su labor de poeta-traductor, señalando como auténticas obras maestras la traducción en verso que hizo de la *Eneida* (que presentó con todos los honores ante el rey Luis XII) y las veintiún epístolas de Ovidio, traducidas con tal acierto que han merecido ser consideradas como la definitiva introducción del humanismo en Francia. La terrible epidemia de peste que se desató por el territorio galo en 1502 acabó con su vida.

*Guillaume Briçonnet* (1470-1534). Hijo del cardenal Briçonnet, se doctoró brillantemente en Teología y en 1496 fue nombrado obispo de Lodève. En

<sup>76</sup> G. Colletet, *Vies d'Octavian de Saint-Gelais, Mellin de Saint-Gelais...*, Paris, Publ. Gellibert des Séguins et Castaigne, 1863, p. 38.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 51.

1498 participó con su padre en la coronación de Luis XII, celebrada en Reims, y en 1507 fue enviado a Roma con una misión diplomática ante el papa Julio II. Se trataba de defender a Luis XII ante la Santa Sede de las acusaciones que los germanos habían lanzado contra él. Jean-Yves Pouilloux dice en la *Encyclopaedia Universalis*: «Briçonnet pronunció ante el Sagrado Colegio un discurso tan deslumbrante, afirmando la fidelidad de Francia y del rey, que quedaron anuladas las tesis que venía sosteniendo la facción germánica». Fue el director espiritual de Margarita de Navarra y, según propia confesión de la dirigida, gracias a él superó la extremada minuciosidad con que afrontaba las prácticas religiosas cediendo a una dimensión espiritual más libre y más profunda. Cuando en 1517 se difunden por Francia las tesis de Lutero prohibió la difusión de sus textos en su diócesis, pero no dudó en proteger a quienes se habían apuntado a ellas dejándose llevar de una inmensa bondad. Esto provocó que estuviera por dos veces a punto de ser condenado, pero pudo escapar gracias a la protección que le dispensó la reina Margarita.

*Jean Hennuyer* (1497-1578). Tras hacer sus estudios en el Colegio de Navarra, se doctoró en Teología en 1539. Fue preceptor del futuro Enrique II y de Antonio de Borbón (padre de Enrique IV). Ordenado sacerdote, se le nombró obispo de Lisieux y posteriormente cardenal en 1543. Fue director espiritual de Diana de Poitiers y de Catalina de Médicis, y recibió el cargo de limosnero de Enrique II. Este cargo lo conservó bajo Francisco II, Carlos IX y Enrique III, hasta 1575. Cogió gran fama como violento adversario de los calvinistas y se opuso tajantemente al célebre edicto del 17 de enero de 1562, que les era tan favorable. Esta oposición fue hábilmente tergiversada en 1572, convirtiéndola en una camuflada artimaña y diciéndose que gracias a ello salvó a los protestantes de su diócesis de la masacre de San Bartolomé.

*Jacques Amyot* (1513-1593). Nacido en el seno de una familia modesta, ingresó en el colegio siendo casi un niño. Tras brillantes estudios, especialmente de griego, obtuvo el grado de maestro en artes a los diecinueve años. En 1534, bien porque deseaba cursar los estudios de derecho o bien por la inquietud que siguió a los asuntos de los Placards, marchó a Bourges donde permaneció diez años y fue preceptor de muchachos pertenecientes a familias que cumplían importantes funciones acerca del rey, como las de Jacques Colin y Guillaume Bochetel. La protección de la familia Colin, y gracias al apoyo de Margarita de Navarra, le facilitó obtener el nombramiento de profesor de latín y griego en la Universidad de Bourges. El rey Francisco I, protector de los humanistas, le encargó la traducción de las *Vidas paralelas* de Plutarco, traducción que hoy se sigue considerando como extraordinaria, y en 1547 el abad de Bellozanne le encargó tradujera la novela de Heliodoro titulada *La Historia Etiópe*. Amyot fue considerado uno de los hombres más cortesés del siglo y, sobre una espléndida reputación como traductor, se impuso como magnífico escritor.

*Pierre de la Ramée* (1515-1572). Nacido también en el seno de una familia modesta de Cuts, en la región de Picardía, a los ocho años de edad huyó de su casa y marchó a París. A los pocos días fue localizado y, a petición de sus padres, fue admitido como criado en el Colegio de Navarra. A los doce años pidió ser admitido en las clases de gramática, pasando con sorprendente rapidez a las de filosofía y obteniendo la titulación de maestro en artes a la edad de veintiún años. Denunció el escolasticismo y escandalizó a todo el mundo

con la opinión de que «*quaecumque ab Aristotele dicta essent commentitia esse*» (todo lo que dijo Aristóteles no es más que una falsedad). Esto lo mantuvo en 1543 en dos libros (*Aristotelicae animadversiones* y *Dialecticae partitiones*) que sirvieron para prolongar el escándalo. Fueron censurados por la Universidad de París y condenados a hacerlos desaparecer por un edicto que Francisco I firmó el 1 de marzo de 1544. Enrique II anuló el edicto y la censura dictada por la universidad y en 1551 le nombró «profesor de filosofía y elocuencia» en el Colegio Real, adquiriendo así una celebridad que se extendió por toda Europa. Tras enseñar gramática, retórica y lógica durante tres años, se dedicó a estudiar matemáticas y llegó a ocupar la cátedra de esta materia en el Colegio de Francia. En 1560 se convirtió al calvinismo y, con motivo de la segunda guerra de Religión, huyó a Alemania y a Suiza siendo profesor en Heilderberg, en Ginebra y en Lausana. De vuelta a Francia en 1570, gracias a la Paz de Saint-Germain, fue asesinado dos días después de la matanza de hugonotes en la noche de San Bartolomé de 1572.

*Pierre de Ronsard* (1524-1585). Ingresó en el Colegio de Navarra a los nueve años de edad para estudiar gramática. Terminados los estudios, en 1536 se incorporó a la corte en calidad de paje y allí se le despertó la vocación militar. A raíz de un viaje a Alsacia, contrajo en 1542 una enfermedad que le dejó casi completamente sordo y eso le obligó a renunciar a la carrera de las armas. A partir de entonces se dedicó a las letras. En 1544 se instaló en París como secretario y protegido de Lazare de Baïf. Con un hermano de este, Antoine de Baïf, y Joachim du Bellay fundó el grupo poético *La brigade*. Fue el inspirador del manifiesto *Defensa e ilustración de la lengua francesa* (1549), escrito contra una nueva escuela que propugnaba la imitación de los clásicos grecolatinos. Los cuatro libros de las *Odas* (1550-1552), con imitaciones de Píndaro y de Horacio, son su primera obra poética. Sus dos obras, *Los amores* (1552) –de clara inspiración petrarquista– y la publicada entre 1555 y 1556, *Continuación de los amores* (en la que canta su amor por la pastora angevina Marie con un tono más personal), son unos importantes trabajos de transición, anteriores a los dos libros de *Himnos* en los que aborda temas políticos, filosóficos y religiosos. En 1556 fundó, con seis poetas más, el grupo conocido con el nombre de Pléyade y en 1559 fue nombrado limosnero del rey Carlos IX. Se identificó con la causa de la monarquía católica en lucha con los hugonotes, y desplegó unas magníficas dotes de polemista en una serie de *Discursos* que pronunció y editó entre 1562 y 1563.

*François de Bonne* (1543-1626). Nacido en el seno de una familia de notarios, fue compañero del futuro rey Enrique IV en el Colegio de Navarra, cuando este tenía nueve años de edad. Su pasión por las armas le llevó a abandonar los estudios de derecho para alistarse como arquero en el Ejército francés. Partidario de los hugonotes, fue invitado a la boda de Enrique III de Navarra (luego Enrique IV de Francia) y en 1575, tras la ejecución de Charles du Puy de Montbrun en Grenoble, se convirtió en líder de la resistencia hugonote con el título de comandante general. Diplomático, hábil negociador y jefe militar sin igual, Enrique IV dijo de él que era «*rusé comme un renard*» (astuto como un zorro). En 1609 llegó a ser mariscal de Francia, duque de Lesdiguières y par de Francia en 1611. Abjuró formalmente de la fe protestante en 1622 y fue nombrado caballero del Santo Espíritu. Ayudó a los valdenses contra el duque de Saboya y lideró las tropas reales contra los hugonotes en

el cerco de Montpellier. Su última campaña fue la lucha que dirigió con éxito para expulsar a los españoles de Valtellina<sup>78</sup> y murió de fiebre en Valencia el 21 de septiembre de 1626.

*François d'Amboise* (1550-1619). Fue hijo de Jean d'Amboise, famoso cirujano de los reyes Francisco I y Enrique III. Estudió retórica y filosofía, y fue nombrado profesor del colegio en 1568 para dar clases de gramática y filosofía, cursando posteriormente los estudios de derecho. Debutó como escritor con el libro *Élégie sur le trépas d'Anne duc de Montmorency*, que dedicó a Lancelot de Carle y Jacques Amiot, dos grandes eruditos de la época. El mismo año 1568 publicó *Hymme triumphal au Roy sur la victoire nouvellement conquise sur les rebelles et conjurez* y *Odes lamentables sur le désastre de la France agitée de troubles et révoltes civiles*. En 1572 entró en contacto con el gran mecenas Antoine-René de Voyer de Paulmy d'Argenson, vizconde Paulmy, al que dedicó *Désespérades ou Eclogues amoureuses èsquelles sont au vif dépeintes les passions et le désespoir d'amour*. Hombre de una cultura extraordinaria, hablaba correctamente latín, griego, hebreo e italiano, y acompañó al duque de Anjou (futuro Enrique III) a Polonia con ocasión de su elección al trono polaco. En 1575 fue nombrado procurador de la Nación y en 1577 confirmó su fama literaria con la publicación en Italia de *Notable discours, en forme de dialogue, touchant la vraye et parfaite amitié*. En 1578 accedió al puesto de abogado del Parlamento de París. Escribió un total de once libros, destacando entre ellos el titulado *Une histoire d'un Espagnol et un Français*, publicada en 1584.

*Jacques-Bénigne Bossuet* (1627-1794). Entró en el Colegio de Navarra a los quince años de edad y estudió filosofía y teología. Destacó prontamente por su talento de orador y, una vez ordenado sacerdote, fue nombrado obispo de Meaux. En 1670 se le nombró obispo de París y alcanzó un sonado éxito con sus sermones y por el lirismo de sus oraciones fúnebres, lo que hizo que fuese llamado a la corte por el rey Luis XIV para confiarle la educación de su hijo, el delfín Luis, tarea que le ocupó desde 1670 a 1680. Parte de los textos que utilizó para su magisterio, tales como *Discours sur l'histoire universelle* (editado en 1681) y *Politique tirée de l'Écriture sainte* (editado en 1709) fueron elaborados por él mismo. En 1671 fue elegido miembro de la Academia francesa y en 1681 volvió a ser nuevamente obispo de Meaux. Polemizó contra la corriente de los quietistas y Fenelón, y contra los protestantes, con los que se mostró muy intransigente. No obstante, creyó firmemente en una futura reunificación, como expresó en la correspondencia que mantuvo con su amigo Leibniz y puede apreciarse en su *Histoire des variations des églises protestants* (1688). En 1694 escribió *Maximes et réflexions sur la comédie*, una intransigente defensa desde la ortodoxia de la postura condenatoria de la Iglesia hacia el teatro y los actores. Está considerado uno de los mejores oradores que ha tenido Francia.

*Charles Etienne Louis Camus* (1699-1768). Formado en el colegio navarro, fue un matemático y astrónomo de gran fama. En 1727 fue elegido miembro de la Academia de las Ciencias de Francia, fue profesor de la Academia de Arquitectura. En 1736 promocionó y participó, junto a otros tres famosos cien-

<sup>78</sup> Valtellina es un amplio valle que se extiende por el centro de la cadena de los Alpes y lugar donde limitan Italia y Suiza, Lombardía y el cantón de Grigioni. En la actualidad está considerado una de las áreas turísticas más hermosas y fascinantes de Europa.

tíficos (Pierre Louis Moreau de Maupertuis, Alexis Claude Clairaut y Pierre Charles Le Monnier) una expedición a Laponia «*pour déterminer "la figure de la terre"*». Entre 1748 y 1768 fue examinador para el ingreso en la Escuela Real de Mézières, y entre 1756 y 1768 examinador de ingenieros y del cuerpo real de artillería. Escribió, entre 1749 y 1752, un *Cours de mathématique* en tres volúmenes, que fue utilizado durante muchos años por su claridad y calidad, y en 1739 fue elegido miembro de la Royal Society.

*Robert Hubert* (1733-1808). Entre los doce y los dieciocho años realizó estudios clásicos en el Colegio de Navarra, descubriendo allí y decantándose por la pintura. Fue un excelente paisajista, dibujante y aguafortista, del que la *Encyclopaedia Universalis* dice ser «uno de los principales protagonistas de la renovación general de la pintura de paisaje que marca en Francia la segunda mitad del siglo XVIII». Obras suyas pueden admirarse hoy en el Museo Carnavalet y en el Louvre de París, y en el Museo del Prado de Madrid. Hubert fue un anunciador del Romanticismo y de su obra trasciende un sabor de nostálgico placer, larvado a través de la fascinación que produjo en él la grandeza de las ruinas.

*Jean Marie de Lau* (1738-1792). Estudió humanidades y se doctoró como teólogo en la Universidad de la Sorbona. Ordenado sacerdote su primer destino fue en la parroquia de San Sulpicio de París, luego fue canónigo y tesorero de Pamiers, vicario general de Burdeos, prior de Gabillon y en 1770 secretario general del clero de Francia. El 1 de octubre de 1775, nombrado por Luis XVI, fue el obispo más joven del episcopado francés al frente de una diócesis: la de Arles. En 1789 fue diputado de la clerecía en los Estados Generales<sup>79</sup> y el 12 de julio de 1790 la Asamblea Nacional decidió abolir la sede arzobispal de Arles. Dos años más tarde, el 2 de septiembre de 1792, con ocasión de las masacres desencadenadas en París, fue asesinado en la prisión parisina de los carmelitas junto con dos sacerdotes de su archidiócesis de Arles. El papa Pío XI lo beatificó el 17 de octubre de 1926.

*Nicolas de Condorcet* (1743-1794). Se educó en el Colegio de Navarra y luego en escuelas jesuitas. En 1769 fue elegido miembro de la Academia de las Ciencias y en 1782 de la Academia francesa. Publicó su primer libro en 1785, pero sus obras *La vida del señor Turgot* (1786) y *La vida de Voltaire* (1789) fueron las que le consolidaron una apreciable reputación literaria. Apoyó abiertamente la Revolución francesa y fue elegido miembro de la asamblea legislativa, presidiendo esa cámara en 1792. Criticó duramente los excesos que se cometieron contra los girondinos moderados y durante el terror desatado en 1793 no dudó en apoyarles. Esto le costó tener que huir y buscar un escondrijo, donde se dedicó a escribir su obra más importante: *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. Al intentar escapar hacia otro

<sup>79</sup> Aunque a título anecdótico no deja de ser interesante dar cuenta de la carta que Luis XVI le remitió la noche del 4 de agosto de 1789, contestando a lo que Jean Marie de Lau le había solicitado acerca de la abolición de los privilegios y derechos feudales. El fragmento principal, dice así: «Yo jamás consentiré el despojo a mi clerecía, a mi nobleza. Yo jamás sancionaré los decretos con que les despojen, aunque el pueblo francés llegue a acusarme de injusticia y de debilidad. SEÑOR obispo, sométase usted a los decretos a la Providencia; yo no creo poder librarme de ese temor que me corroe por todas partes, pero que no llega a calar en mi alma. Si la fuerza me obligara a sancionarlos, entonces yo cedería, pero entonces en Francia ya no habría más monarquía ni monarca».

refugio fue descubierto en Clamart (pueblo próximo a París) y se procedió a encarcelarlo. Al día siguiente fue encontrado muerto en la celda.

*André Chenier* (1762-1794). Nació en Estambul, donde su padre era el cónsul francés y cuando tenía tres años de edad su familia regresó a Francia. Pasó la infancia en Carcassonne y en 1773, fue llevado a París con su hermano Joseph para que estudiara en el Colegio de Navarra. Allí estuvo hasta 1781, año en el que tuvo su primera aproximación al mundo de la literatura en el salón literario que mantenía su madre y al que acudían algunos de los intelectuales más conocidos del momento. Viajó a Roma, Nápoles y Pompeya, volviendo a París con la cabeza llena de recuerdos, imágenes y proyectos. En 1787 el nuevo embajador francés en Inglaterra le ofreció ser su secretario y no lo dudó, pero no encajó con el pueblo inglés y se burló de él retratándose a sí mismo como un desgraciado por estar en las orillas del Támesis. Escribió églogas, poesías bucólicas, y poemas de carácter filosófico y didáctico. Su poesía sensual y emotiva le hace encajar perfectamente entre los precursores del Romanticismo. Los acontecimientos de 1789 hicieron que se despertara en él un deseo imperioso de volver a Francia y no dudó en regresar. Entre noviembre de 1791 y julio de 1792 colaboró frecuentemente en el *Journal de Paris* publicando inflamados poemas como la *Ode a Charlotte Corday*, en la que felicitaba a su país porque («un malvado menos –se refería a Marat– se arrastra por este fango». No dudó en escribir en defensa de Luis XVI y, tras la ejecución del monarca, tuvo que huir de París. Se refugió en Satory (Versalles) y allí permaneció cerca de un año, hasta que el 7 de marzo de 1794 fue arrestado por orden del Tribunal Revolucionario. Se le acusó de la ocultación de unos papeles que concernían a la señorita Émilie-Lucrèce d’Estat, antigua amante suya que se había casado con el encargado de negocios de España –con rango de embajador– llamado José Oscáriz. Estos papeles parece ser que estaban relacionados con una supuesta compra de votos durante el proceso al que se sometió a Luis XVI. Fue conducido a la prisión de San Lázaro en París<sup>80</sup>, donde estuvo preso durante ciento cuarenta días al término de los cuales fue guillotinado por orden de Robespierre.

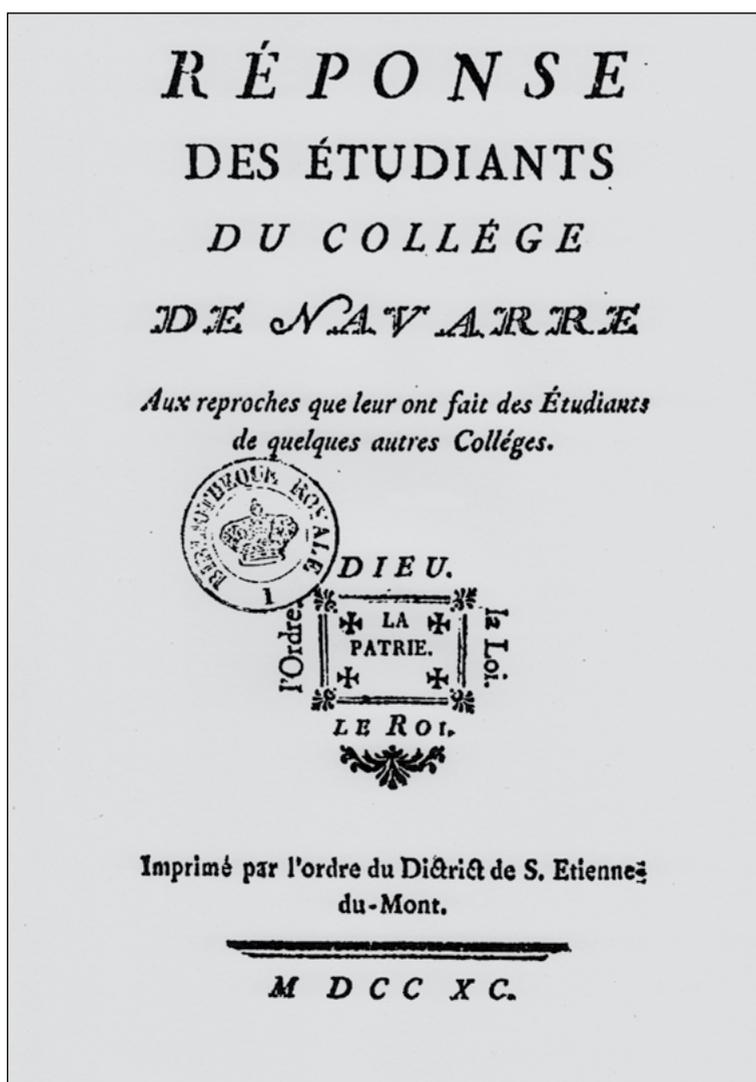
El Colegio de Navarra, como bien dicen los especialistas en el tema educativo, supo «hacer “adquirir conocimientos”, implementando una actitud activa o interrogativa, contra los tradicionales escenarios de “transmisión de conocimientos”», cosa que no dejó de ser algo tan novedoso como revolucionario para la época. Siguiendo los deseos de su fundadora, quienes pusieron los cimientos de la organización levantaron el edificio educativo sobre cuatro pilares fundamentales: autonomía, rigor, responsabilidad y respeto. Con estos pilares, y el concurso de unos selectos profesores en perfecta sintonía con el mundo universitario parisino, se logró una identificación de los alumnos con el colegio y del colegio con los alumnos y la universidad, que en muy poco tiempo se tradujo en un prestigio que traspasó fronteras.

<sup>80</sup> En esta prisión escribió unos maravillosos versos alternados de doce y ocho sílabas (llamados yambos) que, en palabras de la *Encyclopædia Britannica* «silban y cortan como balas envenenadas» (*hiss and stab like poisoned bullets*).

ANEXO DOCUMENTAL

**Respuesta de los estudiantes del Colegio de Navarra a los reproches  
que les han hecho los estudiantes de otros colegios  
con las justificaciones relativas al asunto**

Apenas hecha a los buenos ciudadanos la invitación para su concurso en los trabajos del Campo de Marte, los estudiantes de la Universidad se empeñaron en probar y demostrar su celo por la Patria. Hacia las nueve de la mañana del jueves 8 de julio se reunieron los alumnos de varios Colegios para trasladarse allí. Antes fueron al Colegio de Navarra para llevar con ellos a los escolares que, ocupados en sus tareas, estaban entonces en clase. Tras Interrumpir sus ocupaciones, les increparon y a la tarde se volvió a repetir lo mismo. Al día siguiente volvieron al Colegio de Navarra y no encontraron en él más que a un pequeño número de estudiantes y, aunque los pocos escolares que había les siguieron y fueron a trabajar con ellos, eso les indispuso mucho contra los de este Colegio. En consecuencia,



poco satisfechos con esta demostración de buena voluntad, volvieron a la noche armados con palos, algunos de ellos con espadas, y entraron en el patio del de Navarra con los ánimos encendidos. Una vez allí, con amenazas y gritos pidieron que el director del Colegio, Sr. Dubertrand, diera cuentas de su conducta acusándole de haber permitido que en su centro se insultase a la Escarapela Nacional, de haber impedido que los estudiantes fueran a la mañana al Campo de Marte y de haberse portado como un *Aristócrata* tales situaciones. El Sr. Dubertrand tuvo que recurrir a la Asamblea del Distrito de San Esteban del Monte, que se encontraba en una sala del Colegio. Los participantes en la Asamblea aplazaron hasta el día siguiente ocuparse de la cuestión y ordenaron a los estudiantes que se retirasen, emplazándoles a que al día siguiente volvieran sus Representantes (a razón de uno por Colegio) a la hora que se fijase para discutir el asunto. Al día siguiente, sábado, se presentaron ante la Asamblea dos Representantes pertenecientes al de Navarra y encargados de defender a su Colegio. Esperaron hasta siete horas a los Representantes de los otros Colegios que iban a formular la acusación y, finalmente, viendo que no aparecían se tomó la ausencia como retractación de su conducta. Ahora bien, en nombre de los estudiantes del Colegio de Navarra, sus dos Representantes, Sres. Chapellier y Nugues, quisieron defenderse ante los Señores Ciudadanos del Distrito y, tras pedir ser escuchados, entraron en la Sala. El Sr. Nugues habló de la siguiente manera:

S E Ñ O R E S,

Estamos aquí debido a una acusación realmente inocua, que nos hubiera provocado el más vivo dolor si nouviésemos la esperanza de rebatir con pruebas nuestra inocencia y la certeza de contar con la estima y la amistad de nuestros condiscípulos, extremos ambos que son para nosotros enormemente alentadores. Tranquilizada así nuestra conciencia, nos presentamos en esta Sala con confianza e incluso con alegría. No venimos a jactarnos de nada, sino a probar lo injusto de la acusación al tiempo que esperamos destruir los injuriosos rumores que han comenzado a expandirse por ahí desde hace algún tiempo contra nuestra casa y porque de esta manera queremos restituir al Colegio de Navarra la buena reputación que hasta ahora ha tenido siempre. Señores, dignense escucharnos benévolamente. Confiamos en quedar plenamente justificados en su ánimo, una vez que nos hayan oído.

Nos da la impresión de que los puntos principales de la acusación se reducen a tres: primero, que ayer por la mañana no fuimos con los otros al Campo de Marte; segundo, que la Escarapela Nacional ha sido insultada en nuestro Colegio; tercero, y aunque este punto no nos concierne directamente, la obligación de mostrar en esta ocasión el aprecio por nuestro Director, Sr. Dubertrand, a quien se le ha puesto en duda su patriotismo y no fue bien tratado por nuestros compañeros cuando se presentaron en su casa. Responderemos ordenadamente a cada uno de estos puntos.

En primer lugar, se nos reprocha no haber estado ayer por la mañana en el Campo de Marte con los otros. La fiel exposición de lo ocurrido y de nuestra conducta va a ser nuestra única defensa. El jueves, nueve de Julio, cuando vinieron a buscarnos para hacernos ir a los trabajos del Campo de Marte, estábamos en clase ocupados en preparar la disertación para los premios del Colegio. Es cierto que no salimos inmediatamente con ellos, porque el respeto que tenemos el honor de profesar a nuestro Director nos retuvo en el aula. Nos había dicho aquella mañana que, para acabar los trabajos, procurásemos aprovechar al máximo los dos últimos días que quedaban; pero también dijo que iríamos por la tarde al Campo de Marte a trabajar con los otros compañeros, como ya lo habíamos hecho antes. Insistió en que por la mañana haríamos bien de

ocuparnos en nuestra tarea y que, en consecuencia, nos recomendaba no salir hasta no tenerla acabada. De alguna manera, esta especie de orden nos forzó a quedarnos en clase. No obstante, en cuanto el Sr. Dubertrand vio que todos los Colegios se habían reunido para ir a trabajar, al instante nos envió con ellos. Tras una pequeña resistencia, nosotros fuimos por la mañana con los otros y nada se nos puede reprobar porque apreciaréis que fue efecto concreto de la obediencia a nuestro superior. Volvimos al Colegio hacia las cuatro de la tarde, regresamos a las cinco y permanecemos allí hasta el atardecer. Sin embargo, los padres de varios compañeros nuestros (porque debe tenerse en cuenta que la mayoría de nosotros somos de París) al enterarse de que sus hijos estaban compartiendo el entusiasmo con que el patriotismo conducía al Campo de Marte, se alarmaron y asustados por el peligro que podían correr les llamaron para que fueran inmediatamente a su casa. Eso provocó una considerable disminución en el número de estudiantes y se dio la mano con el acusado descenso ya provocado por los que, como sabéis, se habían ido de vacaciones en esta época. No obstante, aún efectivamente reducidos a una pequeña cantidad, lo cierto es que fuimos por la mañana al Campo de Marte. Dicho esto, si se considera que casi todos estábamos muy fatigados por los trabajos de los dos días anteriores, cosa esta que no es sorprendente entre unos estudiantes poco acostumbrados a tan penosa ocupación, los más pequeños no pudieron soportar tres días consecutivos de esfuerzo y se vieron obligados a quedarse en casa. Por otro lado, entre el pequeño número de los mayores que aún quedaron a pesar de esa disminución, varios de ellos se vieron obligados a ir a casa de sus padres. En fin, el propio señor Director contuvo la salida de algunos no para evitar que fueran al Campo de Marte si así lo querían, como se ha dicho, sino para paliar la inquietud que siempre le causa la suerte de los estudiantes a él confiados, cuando circunstancias parecidas le obligan a dejarles salir solos por la ciudad. Digo yo que, si se toman en consideración todas estas razones, no puede sorprender a ninguno de los señores estudiantes que ayer por la mañana vinieron a buscarnos haber encontrado solo un pequeño número de compañeros, ni acusarnos de crimen alguno. He aquí, pues, como se trata de una injusta actuación por su parte. Deben reconocer que, en esta ocasión, nosotros no hemos demostrado tener menos patriotismo que ellos; o bien que, si algunos de ellos creen ser más patriotas que nosotros, probablemente eso no creo que les confiera el derecho de insultar a los demás. De todos modos, nos atrevemos a decir que, si no hemos hecho lo suficiente para merecer alabanzas, por lo menos sí lo hemos hecho para quedar a salvo de toda injuria.

Ahora bien, hay otra queja aún más importante: es la que atañe a la Escarapela insultada por alguno de nosotros. Podríamos limitarnos a negar el hecho, sin que nuestros adversarios pudiesen aportar prueba alguna. Los vagos discursos, que con frecuencia se han demostrado falsos, nada pueden hacer contra nosotros. Por nuestra parte, somos incapaces de traicionar la verdad para justificarnos. Afirmamos que nos hubiera provocado inmenso dolor fuese insultado el signo de la Libertad por alguno de nosotros. He aquí como sucedió realmente este asunto. Un pedante y atolondrado estudiante, como puede haber en cualquier otra parte, se paseó por el interior de la casa con una antigua e inapropiada Escarapela sin considerar las consecuencias de lo que hacía y solo con la intención de gastar una broma. La tomó entre sus manos y la tiró al suelo, acompañando esta acción con algunas palabras dignas de una verdulera. Al instante, la indignación de sus discípulos estalló contra él y los reproches que le hizo su maestro, así como las severas maneras con que le obsequió, castigaron una acción que tenía más de ligereza y de imprudencia que de evidente maldad. El Sr. Dubertrand no se quedó a la zaga, sino que tomó nota y procedió a reprenderle con toda severidad. Es posible que lo habría castigado más rigurosamente si no hubiera estado ocupado

dando clase. En fin, el personaje acaba de terminar sus estudios universitarios y se ha tenido que ir a casa de sus padres. He aquí, señores, la fiel historia de lo sucedido. A vosotros corresponde juzgar si, cuando uno entre doscientos estudiantes ha sido castigado entre sus condiscípulos con su desprecio (único castigo que pueden emplear unos contra otros), si cuando su acción ha merecido total demostración de censura, si cuando sus maestros han manifestado claramente su desagrado, si, en fin, cuando el Director ha anticipado su salida de la casa, insisto en que es a vosotros a quienes corresponde juzgar si merecemos ser cómplices de su desliz y si por ello merecemos las injuriosas calificaciones con que se nos ha obsequiado. No, señores; vosotros tampoco podéis ser injustos y concebir como mala intención la locura de uno solo, condenando como culpables a todos sus inocentes condiscípulos. Confiamos de vuestra ecuanimidad reconoceréis que, lejos de haber tenido parte en tal extravagancia, nos mostramos totalmente indignados. Queremos frenar los ánimos de esta revuelta y evitar que trascienda al público; pero como es casi imposible que una cosa basada en una docena de testigos permanezca secreta, no tardará en expandirse por ahí. Por tanto, esperamos que este rumor se deshaga pronto porque, en efecto, a los dos meses de haberse expandido la cuestión es difícil que caiga en el olvido y confiamos en que, a pesar de haberse extendido entre nuestros colegas de la Universidad, el posible deshonor de uno solo pueda alcanzarnos a todos. He aquí, pues, de qué se nos acusa: de haber tenido un atolondrado, un loco, entre nosotros. Estamos convencidos, señores, de que en este asunto veis con total claridad nuestra inocencia y pasamos al tercer punto.

Aunque no nos atañe específicamente, nuestro afecto filial y nuestra sincera gratitud al Sr. Dubertrand nos impiden guardar silencio. No haremos mención alguna a la acogida que pudo dispensar a los señores estudiantes, ya que se encontraba en su casa y nada podemos opinar al respecto. Pero, en cuanto a la acusación de su falta de patriotismo, osamos apelar al testimonio de los Ciudadanos del Distrito que tienen sus Asambleas en esta sala. ¿Cuándo no ha sido uno de los primeros en manifestar su celo por la Patria? ¿Acaso no fue elegido por ustedes mismos, señores, para presidente de uno de vuestros Comités? No ven los que le acusan que acusan a ustedes mismos. Porque tratarle de aristócrata, como ellos hacen, es atacar a un ciudadano al que vosotros habéis dados muestras inequívocas de estima y honor. En cuanto a su conducta en el Colegio, lejos de formar a sus alumnos imbuyéndoles un sentido aristocrático, como pretenden denunciar, ¿no es evidente que con sus lecciones y su ejemplo nos educa para ser buenos patriotas? ¿No ha venido a las aulas por las tardes para explicarnos durante un mes los derechos del hombre y darnos principios seguros para conocer y apreciar la Revolución? ¿No ha sido uno de los primeros en entregar un patriótico donativo? ¿No ha contribuido además en los donativos particulares que hemos hecho nosotros en diferentes ocasiones? ¿No ha ido durante dos o tres meses con sus estudiantes a llevar el auxilio de ropas y dinero a todos los pobres del vecindario, sin hablar de los que ha alimentado durante el invierno en el Colegio? ¿Es así como se educa a los aristócratas? Ciertamente, la Patria debería felicitarse por confiar sus hijos a maestros como este y con toda razón debería atender a los que quisieran beneficiarse de sus lecciones y sus ejemplos, tanto como de su heroico patriotismo.

En cuanto a nosotros, si se nos tilda de aristócratas no tenemos más que referirnos a los hechos, porque hablarán por sí mismos. Más de mil ochocientas libras de donativo patriótico ofrecidas en diferentes momentos, numerosas contribuciones hechas a los pobres del Distrito, prestación del juramento cívico al que nos apuntamos los primeros, limosnas dadas entre el vecindario junto con nuestro Director, tales son las pruebas que dan fe de nuestro patriotismo. Sin

duda, todo eso por lo que hemos merecido ser tratados de aristócratas por nuestros compañeros\*.

Tal es, señores, nuestra respuesta a las acusaciones que han intentado hacer contra nosotros los estudiantes de otros Colegios. Sin embargo, nosotros no damos mayor importancia a esas acusaciones, como también sabemos que ellos no aprueban los excesos que han cometido con su comportamiento. Ayer mismo, cuando parecían estar más exaltados, oímos decir a algunos que querían retirarse para no ser cómplices de lo que se estaba haciendo; pero estos fueron retenidos solo por dos o tres empeñados en excitarlos. Y decimos, nosotros decimos, que seguramente esos eran gente mal intencionada que, mezclada con nuestros compañeros, fue realmente la responsable de las violencias cometidas en la puerta del Seminario de San Luis y en el refectorio del Seminario de los Treinta y tres. Por eso, nos preguntamos: ¿qué motivo podían tener para engañar a los estudiantes haciéndoles venir a turbar nuestra tranquilidad?, ¿hay solo uno que pueda tener queja de nuestra conducta hacia ellos? Hay una declaración que nos debemos a nosotros mismos: siempre hemos deseado vivir en paz con todos nuestros compañeros de los demás colegios y eso es algo que en este momento deseamos más que nunca.

¡Oh!, entonces, queridos compañeros, para que esta pequeña querrela no disminuya nuestra amistad, os rogamos que depongáis esos sentimientos de disensión y de odio, que nos devolváis la estima que tan injustamente nos habéis quitado. Que la Patria vea en todos nosotros, sus hijos, un terreno de amistad fraternal y que nuestra inteligencia sea por sí misma presagio de la perfecta unión que algún día deberemos poner a su servicio.

Y vosotros, ¡oh, Ciudadanos!, que todos los días manifestáis aquí vuestro patriotismo, dignaos contribuir a reparar la concordia entre los hermanos divididos. Enseñadnos a imitar vuestra sabiduría y vuestra clara inteligencia. Que caminando tras vuestros pasos nos formemos en todas las virtudes cívicas con que nos dais ejemplo. ¡Dichosos seremos si, siguiendo tan hermosos modelos, podemos un día llegar a ser dignos de salvaguardar el quehacer que fijáis hoy con vuestra generosa entrega al bien de la Patria!

Firmado,  
NUGUES, CHAPELLIER  
Representante en nombre de  
los estudiantes de Navarra.

Habiendo terminado su intervención los representantes de Navarra, se levantó el abate Degranches y dijo que había estado por los diferentes Colegios de la Universidad para tratar de calmar los ánimos, que había llegado al final del discurso y que se le había pedido mediara en este asunto bien por escrito, bien de viva voz, y que finalmente habían accedido a enviar representantes a la Asamblea no para presentar cargos, sino para reconciliarse con los de Navarra. En efecto, en ese mismo instante aparecieron los representantes de varios Colegios y uno de ellos pronunció este discurso:

#### S E Ñ O R E S,

El paso que dimos ayer al ir al Colegio de Navarra tuvo por objeto informarnos si era verdad que los señores estudiantes de ese Colegio habían desbarrado hasta el punto de injuriar a la escarapela nacional. Quizás nuestro celo nos llevó

\* Además, en este momento hospedamos aquí, en nuestra casa, a cuarenta y cinco Diputados de la Confederación y hemos preparado sitio para sesenta. De paso, aprovechamos para decir que sabemos se dice por ahí que no hospedamos más que a cuatro.

demasiado lejos, quizás faltamos al respeto a una Asamblea tan respetable y al jefe de esa casa que ha dado tantas pruebas de su amor por el bien público. No podemos cargar a cuenta de nuestros jóvenes y de nuestro patriotismo tal eferescencia, pues nunca quisimos que tuviera funestas consecuencias. Al contrario, señores, con toda nuestra energía no deseamos más que paz y concordia entre nosotros y nuestros compañeros de Navarra. Agradecemos, señores, el gran interés que han demostrado para apaciguar los ánimos, les rogamos accedan a que todo acabe bien, y nos sometemos a su sabiduría y su prudencia.

El abate Degranthes tomó a continuación la palabra y, tras haber desgranado todas las razones que podían y debían llevar paz y concordia a los estudiantes, incitó a que todos firmasen el texto siguiente:

Nosotros, los abajo firmantes, representantes de varios Colegios de París: 1.º Condenamos, en nuestro nombre y en nombre de los que nos han enviado, los excesos a los que pudieron llegar el viernes a la tarde, día 9 de este mes, algunos de los nuestros por no haber sido ese el deseo general; 2.º Declaramos que queremos vivir siempre en paz y buena inteligencia con nuestros queridos compañeros los estudiantes del Colegio de Navarra. Suplicamos a la Asamblea del Distrito de San Esteban del Monte, que tiene indiscutible derecho a nuestra gratitud, olvide los agravios que la primera ola de entusiasmo inspirada por nuestro patriotismo pudiera hacer excusable. Queremos creer que querrá hacernos el honor de continuar protegiéndonos, ya que vamos a tratar de hacernos dignos del indiscutible vínculo que nos une a la Nación, a la Constitución y al Rey.

Firmantes,

L'ANDRIEUX,

en nombre de los estudiantes de Montaigu.

DEROY,

en nombre de los estudiantes de los Grassins.

BAUDOT L.,

en nombre de los estudiantes de la Marche.

MARTEL,

en nombre de los estudiantes del Cardenal le Moine.

LETELLIER,

en nombre de los estudiantes del Colegio de Lisieux.

Los demás Colegios que no han firmado no tuvieron parte alguna en este asunto.

Seguidamente, todos los representantes de los diferentes Colegios, así como el Director del Colegio de Navarra, se abrazaron en señal de reconciliación y el responsable del Distrito se expresó con estas palabras:

La Asamblea general del Distrito de San Esteban del Monte, tras haber oído la defensa y completa argumentación de los señores estudiantes del Colegio de Navarra sobre los tres puntos de acusación planteados por los señores estudiantes de los otros Colegios, encuentra que han sido totalmente justificados. Así mismo, informada y convencida de los sentimientos de caridad y de civismo que siempre ha manifestado el Sr. Dubertrand, Director del Colegio de Navarra, con los pobres Ciudadanos del Distrito, ha acordado reconocer a los señores estudiantes del Colegio de Navarra como muy buenos ciudadanos y que esto no puede ponerse en duda bajo el mando del respetable director que les gobierna, cuyo honradez y celo son ampliamente conocidos de todos en el Distrito. Dado testimonio por los estudiantes de los otros Colegios, según declaración hecha por ellos mismos, de que quieren vivir siempre en perfecta unión con los estudiantes

de los demás Colegios, compañeros suyos, se les reconoce también como buenos Ciudadanos. Ordena, además, que los discursos pronunciados por los señores representantes de Navarra y de los otros Colegios, sean impresos en la parte anterior a esta Orden y sean enviados a los señores Directores de los diferentes Colegios de la Universidad.

DEFOISSY,

Presidente

DEZAUCHES,

Vicepresidente

DECOURNANT, BROUET el joven,

Secretario General

*Sábado, 10 de julio de 1790.*

## BIBLIOGRAFÍA

- ANGLET, M., *Histoire de France*, 1844.  
BELLAGUET, L., *Chronique du Religieux de Saint Denis concernant le règne de Charles VI, de 1388 à 1422*, 1852.  
COLLETET, G., *Vies d'Octavian de Saint-Gelais, Mellin de Saint-Gelais, etc.*, 1863.  
DE CHAUFFEPIÉ, J. G., *Nouveau Dictionnaire historique et critique pour servir de Supplément au de continuation au Dictionnaire historique et critique de M. Pierre Bayle*, 1761.  
DELAURE, J. A., *Histoire physique, civile et morale de Paris*, 1829.  
DU BREUL, J., *Theatre des antiquites de Paris*, 1612.  
DUBARLE, M. E., *Histoire de l'Université de Paris*, 1844.  
DUPUY, P., *Histoire du différend entre Boniface VIII et Philippe el Hermoso, roi de France*, 1855.  
EGASSIO BULAE0, C., *Historia Universitatis Parisiensis*, 1670.  
FERET, P., *La Faculté de Théologie de Paris*, 1896.  
FRANKLIN, A., *Les anciennes bibliothèques de Paris: églises, monastères, collèges, etc.*, 1867.  
GONTIER, A., *Jeanne de Champagne, reine de France et de Navarre*, 1811.  
GUILLON, N., *Modèles de l'Éloquence Chrétienne en France*, 1837.  
HARLÉ, R., *Les Collèges Médiéveaux*, 1811.  
MEUNIER, F., *Essai sur la vie et les ouvrages de Nicole Oresme*, 1857.  
MULLER, E., *Curiosités historiques et littéraires*, 1897.  
OUY, G., *Le Collège de Navarre, berceau d l'humanisme français*, 1970.  
PASQUIER, E., *Recherches de la France*, 1823.  
SAUVAL, H., *Histoire et recherches des Antiquités de la ville de Paris*, 1724.  
*Voyage de Lister à Paris en MDCXCVIII*, 1873.

RESUMEN

*El Colegio de Navarra en París*

Juana I, reina de Navarra, y reina consorte de Francia, en su testamento fechado el 25 de marzo de 1305, funda el Colegio de Navarra en París. No tardó en convertirse en el más importante e influyente colegio, llegando a ser reconocido en toda Europa como núcleo intelectual de calidad excepcional. A ello, entre otras cosas, contribuyó de manera decisiva la excelente biblioteca que en tres o cuatro décadas logró reunir. El alto reconocimiento que el Colegio de Navarra tuvo a lo largo del tiempo se debió tanto a las originales e innovadoras ideas de su fundadora como a haber sabido adaptarse a la evolución que fue experimentando la enseñanza. Con la Revolución francesa quedó suspendido el funcionamiento de este colegio. Tras varias vicisitudes fue reorganizado en 1817 y en 1970 fue convertido en un establecimiento de enseñanza superior e investigación aliado con la cultura de la excelencia científica en el marco de una firme tradición humanística.

**Palabras claves:** casa de Champagne; organización y reorganización; biblioteca; alumnos; Revolución francesa.

ABSTRACT

*The College of Navarre in Paris*

Joanna I, Queen of Navarre and Queen consort of France, in her will dated March 25, 1305, founded the College of Navarre in Paris. It soon became the most important and influential school, recognized throughout Europe as an intellectual core of exceptional quality. The excellent library brought together over three or four decades contributed decisively, among other causes. The high recognition that the College of Navarre obtained over time was due to the original and innovative ideas of its founder as much as to its ability to follow the developments in education. With the French Revolution the operation of the College was suspended. After various vicissitudes the college was reorganized in 1817 and in 1970 was converted into an institution of higher education and research, committed to a culture of scientific excellence in the framework of a firm humanistic tradition.

**Keywords:** House Champagne; organization and reorganization; library; alumni; French Revolution.

Fecha de recepción del original: 1 de febrero de 2013.

Fecha de aceptación definitiva: 7 de marzo de 2013.